
NATALIA RODRÍGUEZ SIMÓN
Era tan oscuro
el monte
ficción
MARDULCE


MARDULCE

Rodríguez Simón, Natalia.
Era tan oscuro el monte / Natalia Rodríguez Simón 1ª ed.
- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Mardulce, 2020.
Archivo Digital: descarga.
ISBN 978-987-3731-59-4
1. Narrativa Argentina Contemporánea. 2. Novela. I. Título
CDD A863

ISBN edición impresa: 978-987-3731-46-4

Scalabrini Ortiz 874, departamento 8
c1414cnv Buenos Aires, Argentina
mardulceeditora.com.ar

Corrección y coordinación de imprenta: Lucila Schonfeld – edit.ar
Diseño de colección y cubierta: trineo.com.ar
ISBN: 978-987-3731-46-4

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina

Información de Accesibilidad:



Amigable con lectores de pantalla: Si
Resumen de accesibilidad: Esta publicación incluye valor añadido para permitir la accesibilidad y compatibilidad con tecnologías asistivas. Las imágenes en esta publicación están apropiadamente descriptas en conformidad con WCAG 2.0 AA.
EPUB Accesible en conformidad con: WCAG-AA
Peligros: ninguno
Certificado por: DigitalBe

ficción

Natalia Rodríguez Simón

Era tan oscuro el monte

1

Ahora le da la sombra, y es un alivio. El primer sol le lastimaba los ojos y no la dejaba ver las moscas, se le posaba en la vista y le hacía espejo. Piensa en pararse para espantarlas, que no quedan bien, molestan y tienen olor a mugre, y a la clientela no le gusta. Piensa en pararse pero no puede. Sí puede, no quiere. No quiere porque le duele. No tanto la boca rota, que ya dejó de sangrar, ni las costillas, ni el pómulo que se hizo monte en la cara. Le duele otra cosa, algo que no se toca y no sabe qué, pero no se toca. No puede tocarse aunque se quiera. No conoce la palabra para decirlo. Le gustaría decirla en inglés, pero para eso tendría que haber ido a la escuela como la Azucena, que una tarde, mientras jugaban en su patio, le dijo una palabra que ella no entendió, se la dijo mientras apuntaba con el índice, se la dijo feo, y era inglés, seguro que era una palabra en inglés que no se toca, como eso que está doliéndole.

La wawa sigue llorando a grito pelado, pero no es eso lo que le duele. Debe ser hora de mamar; lo siente en el brote de los pezones, en el jugo espeso que le hace cosquillas debajo de la blusa. ¿O será sangre? Pero la sangre no sale de ahí, qué zonza. Quiere subir el cuello para verse. El sol se filtra entre las hojas del árbol y de a ratos se le clava. Gira el cuello hacia la izquierda. Es su primer movimiento y los huesos trinan, y la wawa, que no deja de llorar. La ventana está abierta, por eso tanto sol y tantas moscas. Se pregunta si gritó, si se olvidó de gritar. A veces se olvida de las cosas y el Aldo se pone furioso. Escupe un poco de baba roja. Es hora de levantarse, darle la teta a la wawa y abrir la tienda

después de espantar las moscas. Se pregunta dónde se metió el Aldo, que puede llegar en cualquier momento y no le va a gustar nada verla ahí tirada, distraída y con la tienda sin abrir.

Siente olor a podrido. Pueden ser los tomates, que habrá que ponerlos en oferta, puede ser su aliento o la leche que le brota como un pus. Se promete que no va a quejarse más por el dolor de cintura que le queda después de cargar las bolsas del mercado. ¿Hoy toca ir al mercado? No, hoy no es lunes, está algo segura de que no es lunes. La wawa dejó de llorar de pronto y teme que le haya pasado algo, pero le alivia los oídos, disfruta ese momento sin el grito agudo y sonríe y se le escapa el aliento negro. No recuerda cuándo fue la última vez que gritó, o que dijo algo.

Se ayuda con los brazos y logra sentarse. Los restos de sol que se filtran entre las hojas del árbol le cubren la melena negra y dura. Siente la puntada del cemento. Ella quería poner cerámicos, como en la calle o como los que había en la casa de la Azucena, pero el Aldo ya demasiado hace en la obra como para ponerlo a trabajar ahí en la tienda, que es cosa de ella, ya lo tenían arreglado. Ve la sangre y se le revuelve el estómago. Recuerda cuando el Aldo llegó una madrugada a la casa sosteniéndose las tripas, que el peruano era un traidor, que no se valía eso de arrimarse por atrás como los maricas. Recuerda que pensó en cómo había hecho el Aldo para volver sin morirse en el camino. Cómo, si se estaba yendo en sangre y el tajo le llegaba hasta el hueso. Pensó que de puro coraje o de puro mamado. Y ahora que ve su sangre escupida por la tienda, arrastrándose como una víbora entre las verduras, piensa lo mismo, piensa cómo, si ese rastro de serpiente es ella, toda ella chorreando de los cajones, confundiéndose entre las remolachas, y vomita un resto más, ahora, una serpiente más que no quiere desprenderse de su garganta; como si fuera ese grito ahogado, se le llena la boca vacía de serpientes rojas y las lanza y no entiende esa fuerza. Y si puede eso puede también levantarse y limpiar la tienda de todos sus restos, lavar las frutas y las verduras, darle de mamar a la

wawa –si todavía respira–, pasarse un poco de jabón por las partes, espantar a las moscas, lavarse la cara y abrir la tienda porque el sol sigue pinchando y la clientela sigue comprando, y además debe estar por llegar el Aldo.

2

La gorda menea sus carnes al compás de la música. *Vienes, vienes y te vas…* canta. Apenas se la escucha entre tanta fiesta. Y así, ondulante, ella viene, le toca el pecho al Aldo con las uñas y se va.

La casa está repleta y huele a calor, a sangría casera, a cartón de vino. Al Aldo le transpira el bigote. Piensa que si respira esa concha se le van a mezclar los líquidos. La uña de la gorda le eriza los pelos del pecho y los del bulto. Y lo eriza más que las chicas del baile, que llegan como camiones y lo arrasan todo, más que las carnes firmes de las chicas que él nunca puede pagar.

Y pensar que Alonso te jodía tanto con Matilde; a que no podés ni con la gorda, te decía. Lo ve ahí parado delante de la ventana, mirándolo a él, que apenas mueve una pierna casi acercándose al ritmo de la música, que se deja toquetear un poco, que se hace querer. Va a llevarse a Matilde a la piecita del fondo. ¿Qué diría ahora Alonso?, ¿ahora que tiene a la gorda donde quiere? Toma un trago más de vino que le hace eco en la garganta. Ahora vuelvo, bonita, le dice a Matilde y sale en busca de Alonso. Cruza la casa en tres pasos, las piernas se le desvían. Ve a Alonso con el vaso de sangría en la mano, lo ve vaciándolo de una empinada y mordiendo el hielo, lo ve mirándole el culo a la piba de la Matilde, la llama y le pide otro trago, ve que la piba le dice diez pesos y, como respuesta, ve que Alonso la despide con dos palmadas en el culo.

¿Qué me dices ahora, eh?, lo desafía, y Alonso se le caga de risa:

Me parece que te la están soplando, che.

El Aldo ve a Matilde abrazada al Zurdo, las manos sobre su nuca, bailando una cumbia de las de antes. Qué mierda, dice y sale disparado, que el Zurdo es amigo y no se hace eso, eso no está bien, soplarle la mujer a uno. El Aldo arremete y lo carea: maricón, le dice mirando para arriba. El Zurdo lo dobla en tamaño y bien sabe que puede tumbarlo de un solo movimiento con la mano que le queda. Y sin embargo, tragándose las ganas, le guiña un ojo y la levanta en señal de paz. El Aldo siente el pecho hinchado, los brazos hinchados, la verga hinchada. Toma a la gorda por la cintura y le muerde la oreja.

Al otro lado de la casa, el Zurdo y Alonso bailan con las chicas. La hija de la Matilde ronda por ahí, jugando con un rulo de su pelo. El culito de naranja se le contrae debajo del shorcito de jean y le brilla la pelusa de las piernas. El Aldo llama a sus amigos a los gritos, les dedica un apretón de tetas de la Matilde y se la lleva para la piecita del fondo. Matilde le dice que espere, que tiene que hacer algo importante.

¿Qué cosa es más importante que yo, bonita?

La gorda se suelta y va donde Alonso, le pide que le cuide a la pendeja. Alonso bufa, suelta la cintura de una de las chicas.

Me debés varias ya, le dice.

El Aldo espera, paciente. Piensa en Alonso al cuidado de la hija de su prima, en Alonso solo con ella, ya sin ninguna de las chicas que tan bien le hacen a la noche. Piensa en su wawa, pequeña como un repollo, que también va a tener doce años un día, si dios quiere, y eso no se toca. Piensa en su wawa arropada por su mujercita, piensa en las tetas de su mujercita, largas y blandas como las de Matilde, pero más sabrosas, cubiertas de leche tibia, mordidas por la boquita niña. Piensa en volver a la casa y el bulto se le apaga. Ve a la Matilde zarandeándose con otra cumbia mientras se le va acercando. Ve a Alonso vigilando de cerca a la que es su pariente. Se pregunta cuál es el parentesco entre Alonso y la hija de su prima; se responde que es de sangre y la sangre tira.

Matilde se acerca, por fin, presiona su uña contra la verga del Aldo para que vuelva a despertarse, y se lo lleva para el fondo. El Aldo apaga

la luz, tantea a la gorda con los callos de los dedos. Piensa que puede agrietarle la piel. Se desabrocha los pantalones y ayuda a Matilde con los suyos.

Dale, negro, que se me van las ganas, apura Matilde.

Él le mueve las carnes y le entra una vez; no ve nada, no siente nada. Sale y le entra de nuevo.

Dale, negro, qué te pasa. Matilde le aprieta las nalgas.

¿Y qué pasa? ¿Por qué no sientes? Será el vino, será la cueva gomosa y vieja de esa mujer, será el ruido a baile que rebota contra la puerta de la piecita; será la hija de Matilde al cuidado de Alonso, que es tu amigo y te metió en el baile, en todos los bailes; serán las ganas de tomar una chela fresca, de mascar un poco de coca de verdad, no como esta, vidrio, cal y arena en la nariz; será el cemento que te quemó las manos todo el día, antes del baile, antes de la concha negra de la Matilde, que se la tenías jurada, y ahora que está ahí, envolviéndote con las piernas, no la sientes.

Matilde se cansa y deja de moverse, debe creer que es marica. Qué se cree, pensarte marica a ti. Le pegas un bife, por las dudas, y arremetes de nuevo. Ella todavía está húmeda y él vuelve a estar duro. Piensa en cuánta sangre se necesita para estar tantas horas así, tieso como una pared. Piensa en el tajo cerca de su ombligo, en la noche del bar La Esperanza, cuando el peruano le quiso cobrar las deudas por izquierda, como hacen los traidores, y él antes de caer llegó a manotear la navaja y se la devolvió en la cara, leve pero para siempre, como los malos recuerdos. Creyó que no la contaba, hasta que Alonso calmó los ánimos y les dijo que estaban a mano, porque eso hacen los amigos. Creyó que no la contaba y se volvió así a la casa, chorreando sangre espesa en la chata, en la vereda, en la puerta de entrada, en la falda de su mujercita, que lo sostuvo cuando cayó de rodillas y se le desarmó el estómago en las manos, en el vientre caliente de su mujercita, en sus piernas carnosas, en sus caderas anchas. Cuando cree que la Matilde se va en un gritito seco y fácil, se sale de su cueva y se pone los pantalones

que le aprisionan el bulto, todavía a medio hacer.

Sale de la piecita solo. No le gusta que lo ande segundeando una que no quiere, para eso está su mujercita, que lo espera en la casa. En el baile no queda casi nadie, solo ve al Zurdo, que terminó tirado en el piso, de puro borracho, con el muñón sobre el pecho y la mano entera detrás de su espalda. Lo ayuda a levantarse, que es hora de volver a casa. Cuando sale con el Zurdo apoyado en sus hombros, ve a uno en el recoveco del pasillo con una cabeza de mujer entre sus piernas. Piensa que a él también le vendría bien una buena mamada para terminar lo que se empezó. Piensa en su mujercita y le agradece a dios por semejante bendición.

Putea mientras camina con el Zurdo cuerpo a cuerpo y el primer sol le pincha los ojos. Lo deja en la puerta del galpón y sigue hasta la avenida. Ya llegando a casa, cantando su canción, pide a la virgencita por todas sus mujeres. Pide también que su wawa se quede así, pequeñita para siempre.

3

Se ayuda con los brazos y se para. No puede cerrar las piernas. Una brisa húmeda de este verano húmedo de Buenos Aires le pone en punta los pezones llenos. Trata de recordar esa palabra en inglés, esa que le dijo la Azucena. La palabra que le duele más que todo.

Así de pie, después de tanto tiempo echada en el piso, un poco mareada por la sangre que baja, escucha la llave hurgando en la grieta del cerrojo, haciendo fuerza, aunque la puerta estuvo abierta toda la noche. El Aldo empuja y entra. Está cantando alguna de esas cumbias que pasan en el baile; le va a cambiar el humor cuando vea todo y la sangre.

Ella se pone de espaldas a la puerta para que no le mire la boca, para que no le huela eso que le duele, esa palabra en inglés. Como los perros la huele, le sabe todo, por eso le dice siempre la verdad, que si se entera después es para peor. Y cuando le siente los pasos y el aliento se la ve venir: el Aldo va a olerla y se arma, no sabe qué, pero se arma.

4

La falda larga y los pies desnudos sobre la tierra seca, que era vientre y pinchaba apenas en la piel como el sol del mediodía. Andaba de aquí para allá tomada del brazo con las comadres, descalzas todas –la costra en los talones y en los dedos gordos amortiguaba los pasos–; la falda larga al viento, los tobillos al viento, las risas cómplices. De a ratos le llegaba el eco de alguna canción que le gustaba y frenaba el paso de todas, las hacía bailar en ronda entre ellas, mirando y sin mirar a los hombres que se mantenían cerca y tomaban sus chelas frescas.

Era su primera vez en el baile. El Aldo la había llevado, estaban noviando. Ella tomaba de las manos a las comadres en ronda, clavaba los dedos en la tierra para mantener el equilibrio, hacía volar la falda, los tobillos al aire. Y se reía, transpiraba y hacía de cuenta por un rato que no había otra cosa en el mundo. El Aldo la miraba sentado, mientras tomaba del vasito plástico. No lo sintió acercarse por detrás, no sabe –la imagen se hace difusa– qué rostro tenía mientras venía caminando para tomarla de la cintura. La agarró por detrás y la levantó y la giró: la puso frente a él. Ella gritó con suavidad, acompañando el vuelo de la falda. El Aldo apretujaba el vasito plástico.

Parece que está pinchado, le dijo.

Ella rio y se liberó de él, empezó a correr despacio, mientras lo miraba y dejaba de mirarlo. Los dedos penetraban la tierra seca. Volvió a él con otro vaso lleno. La besó. Era su primera vez en ese baile.

¿Qué habrá sido de las comadres, del resto de los hombres? La

miraban esa tarde. Todos la miraban. El Aldo también. La paseaba como un premio bien ganado. Bailaban juntos por momentos. Él lo hacía mal, le tomaba las caderas, quería apretarse todo el tiempo contra su cuerpo. Ella reía nerviosa y se salía de ese momento, de esa vergüenza niña, para llenarle el vaso. Y como un juego –sonríe por su picardía–, cuidándose las espaldas, todos los frentes –que nadie estuviera mirando– se tomaba un par de vasos también. Reía tanto que le dolía la panza y le zumbaba la cabeza.

La música dejó de sonar, interrumpieron la canción que más le gustaba. El sol se iba ubicando sobre el monte. Los hombres tomaron las guitarras. Había tres o cuatro guitarras que sonaban como miles. Dejó de entender el sonido. El Aldo empezó a cantar. La miraba y cantaba. Tenía los ojos rojos y brillantes. No recuerda su voz. Habrá cantado con la voz oscura, más que seguro, como le canta las nanas a la wawa. Pero en ese momento no le importó. Las comadres acompañaban con las palmas. Ella saltaba.

Había niños prendidos de las faldas, ya cansados. Ella era joven y los miraba con una ternura virgen. Piensa que ya ha perdido esa ternura, se le fue como amputada, se la arrancaron de cuajo, y sangró. Le gustaría ahora que su wawa pueda sostenerse en pie para prenderse de sus piernas, de la carne suelta de su panza. Y que no crezca más que eso, que nunca supere la línea de su cintura. Allí no había un solo niño con piel rosada. Se les habían teñido las mejillas del cobre del sol, como a sus madres, como a ella misma.

Le pareció que todo oscureció de golpe. No sintió la resolana. El frío se le coló por los pies desnudos, por los tobillos, por las rodillas, por la nuca. Se calzó las sandalias y se abrazó al Aldo. Sintió su aliento caliente en la nariz, su pecho caliente en la oreja.

Un amigo del Aldo los acercó a la ruta. Ya había terminado todo. Estaba volviéndole el vacío a la garganta. Quiso llevarse la música, el sol de la tarde, la sonrisa de las comadres. Caminaron abrazados y tambaleantes. El Aldo siguió cantando. Tomaron el camino que surcaba

el campo. Les quedaban dos tramos enteros de pastizal gris. Él se sostenía en sus hombros.

Quiero ahora, le dijo, ahora, aquí.

Ella rio con fuerza: estás loco.

Vamos, bonita, quiero.

La tomó de las tetas. Ella se soltó. Dejó al hombre tambaleante, vio el contorno de su figura en la noche. Se acercó nuevamente. Lo tomó de la mano. No le costó demasiado tumbar el cuerpo del Aldo al costado del camino. Bajó sus pantalones un poco, se sentó sobre él.

No se sacó la falda, no escuchó sus gemidos roncos, no vio sus ojos enrojecidos apuntando a sus movimientos. Entró en él sin pedirle permiso. Miró al cielo y se llenó de las estrellas, de la luna llena, de toda la noche, dentro de ella, por la garganta, por los oídos. Se llenó todo el cuerpo en un grito que le nacía bien adentro, en la parte baja del vientre. Y meses más tarde, piensa ahora, todo ese mundo se convirtió en el primer niño, el que se desprendió muerto, de cuajo, como amputado, y sangró.

5

¿Cómo sonarán allí los gritos? ¿Cómo harán para meterse, a pura presión, por esa orejita chiquita como una nuez? ¿Cómo se harán lugar por los túneles? ¿Como se hicieron lugar por sus nalgas, piensa, hace unas horas, nomás? Hicieron tanta fuerza que todavía arde como un fuego, como la saliva que arde en la boca, en las encías que sangran. Y piensa esto y llora despacio, mientras mira a su wawa prendida de su teta, la orejita de su wawa abierta a la fuerza, dilatada por todos los gritos, los de los hombres, los que ella calló.

El Aldo ya entró en la casa y la mira, apenas lo sostienen las piernas, los pies apenas firmes en el piso de la tienda, las frutas desparramadas, reventadas. La mira con los ojos rojos y se le acerca. Parece un demonio, piensa ella, tiene el olor rancio de los demonios, el de su padre. Cada vez le recuerda más a su padre, al de él mismo. Van envejeciendo los dos, piensa, como sus padres, y se les van impregnando sus olores. Llegó borracho otra vez y entró como bailando y ahora se acerca y le dice cosas lindas. Se le ubica detrás y le aprieta las carnes. La wawa le aprieta el pezón, tiene olor a fruta fresca. Le dice sin hablar bien, y no hace falta que diga nada, que ella con los ojos nomás y ese olor ya entiende. Pero ahora no quiere ni tampoco puede, le arde todo: las nalgas, el pezón, la orejita de la wawa, que estaba durmiendo hasta que oyó y empezó a chillar.

Basta ya, le dice, y lo aparta con el brazo libre. El Aldo insiste. No, repite ella, le cuestan las palabras. Un hilo de baba roja se le desprende.

Tiene que cuidarse de no manchar a la wawa.

Qué pasa, mujer, se enoja el hombre. La aprieta un poco más, se menea en su espalda, como si sus nalgas fueran una cumbia. Después la suelta con un bufido. Ella toca la orejita niña despacio.

¿Qué ha pasado aquí?, pregunta, como recién enterado del desastre. La mira a los ojos, le mira la boca, se acerca y huele. ¿Qué ha pasado, negrita? Afina la voz como los pichones. Es su manera de dar una caricia. La boquita de la wawa se desprende del pezón. El Aldo la toma en sus brazos. ¿Qué ha pasado, eh?

Ya ve que no va a poder abrir la tienda. Es tarde para hacer todo. Debería llamar al Fermín para que no vaya a trabajar, aunque también es tarde para eso: no es la primera vez que no le cumple con el horario, y menos mal, piensa, hoy, menos mal. Va a llamarlo para que vaya al mediodía y acomode las cosas, así a la tarde ya tienen todo listo para los que regresan del trabajo.

Ve al Aldo con la wawa en brazos, tambaleando el cuerpo a un lado y a otro. Y qué le va a decir ahora. A la wawa debe gustarle el movimiento, porque no chilla. La mira un rato largo. Ve que le chorrea leche por la boca, siente que chorrea sangre por la suya. Y qué les va a decir a todos.

Tiene que contarle al Aldo todo lo que pasó, y también que se llevaron todo el dinero. Se pregunta cómo habrán sabido los hombres dónde guarda las cajas, y cómo no supieron que tenía algún cambio en el bolsillo del delantal para hacer más rápido con la clientela, que bufa si tiene que esperar. Todavía tiene que decir muchas cosas y no puede hablar. Las palabras se le hacen incómodas en la boca ahora vacía, rebotan y se estrellan unas contra otras. ¿Habrán pasado por el baño? ¿Habrán descubierto el ladrillo hueco? Trata de recordar. ¿Se habrán llevado esos pesos también? No habían ido al baño, de eso está segura. Aunque quizás alguno se le haya escapado de la vista. Se ve boca abajo, su cuerpo aplastado en el piso por el cuerpo de uno de ellos, sus brazos en su espalda, su mejilla fría pegada al cemento frío. Alrededor de su

cabeza, dos pares de piernas: estaban todos. Arqueó el cuello hacia arriba para tratar de verlos. Le bajaron la cabeza y la nariz tocó el cemento, le achataron la nariz contra el cemento. Logró girar el cuello hacia un costado para liberarla. Sintió la presión atrás, la fuerza del hombre atrás, sobre su nuca y su espalda, y el frío del cemento, y el ardor en las nalgas. Quizás en ese momento perdió a los otros dos.

El Aldo se queda mudo, como esperando. Parece una espiga, va y viene y acuna a su niña con los brazos duros, como si tuviera miedo de que se le caiga. Ve que a la wawa se le está arrugando toda la cara y, antes de tener que oírle el llanto agudo otra vez, la toma en brazos y la ubica para que siga mamando. Va a abrir más tarde, después del horario de la siesta. Ahora el Aldo le grita, le pregunta otra vez. La wawa muerde sin tregua.

¿Te han comido la lengua?

Ella no quiere abrir la boca. Teme que la sangre y el olor lo pudran todo. Ve al Aldo acercándose a su cara. Presiona los labios con todas sus fuerzas. La toma del mentón, le mide la piel del rostro. La wawa vuelve a morder, sus encías le están haciendo carne los pezones, carne contra carne.

El de la espalda la dio vuelta en un solo movimiento y le abrió la boca y ella cerró los ojos. Toda su fuerza en la boca. No recuerda el dolor. El dolor era el coágulo que se le dibujaba en los párpados cerrados. Apenas pudo abrirlos, el que tenía encima se acercó a sus ojos –vio el rostro cerca de su rostro hecho una sombra negra– y le escupió en la boca, lo sintió salado y espeso y tuvo ganas de vomitar.

Ahora su hombre grita, pero no le grita a ella. Maldice y mira al techo y cierra los puños. Se le hinchan las venas del cuello y de la frente. Patea los cajones vacíos, ya desparramados por la tienda. Piensa en esos nuevos ruidos, en la forma que deberán tener para meterse en la orejita niña. La wawa se despega del pezón, y la coloca sobre su hombro. El hombre calla y respira. Le mira el vacío de la boca, le olfatea la verdad de la boca; como los perros, la huele.

Ay, mi chinita, le dice, como cuando le dice que la quiere y que él va a arreglarlo todo. Después le pide plata, para tener, le dice. Y que se va para la obra, pero que enseguida vuelve y lo resuelve, él lo resuelve todo. Ella le da el cambio del delantal.

Vete a descansar, le manda el Aldo mientras guarda el dinero en el bolsillo.

Pero hay que abrir la tienda, aunque sea a la tarde, para los que vuelven del trabajo. Como si le olfateara los pensamientos:

Que venga el Fermín y se encargue de todo, le dice.

Después la toma de los hombros y la va llevando y ella se deja llevar. Como si también fuera su niña, la lleva a la piecita y las acuesta a las dos en el catre.

Cierra los ojos despacio, respira despacio –la nariz se le expande y tiembla al exhalar–. Apenas se vaya el Aldo, va a ir corriendo al baño a revisar el ladrillo hueco. Reposa el cuello, el pecho tibio y blando, el cachete en el catre. Siente su respiración y el llanto y los latidos, todos de una vez, como un vómito. Al rato, la puerta, el ruido seco del cerrojo que se cierra, y el grito agudo de la wawa otra vez.

6

Recuerda ese sol tan distinto, tan amarillo. El viento seco que lo cacheteaba casi jugando, que le pegaba el polvo a las llagas del cuerpo. Recuerda que no podía mirar hacia arriba, que el calor seco y la tierra en remolino se le pegaban a los ojos. La tierra de abajo, del piso, la recuerda más que la tierra del aire. Y ahora, caminando ahora, tiene de nuevo la torpeza de aquellos pasos, de los pies que se anclaban en la tierra seca, que se hacían lugar a la fuerza para no hacerlo caer con los bultos, con su mujercita que era también un bulto, para no empujar a los otros que, como él, andaban para el río.

Entonces su mujercita se paró en seco y miró al frente y abrió los ojos. Le dijo que le dolía y se sentó casi de golpe en las piedritas de la tierra seca. Recuerda que se asustó, que eran tan jóvenes. Ella se apretó el vientre. Él le dijo vamos, que ya casi aparece el río. Le tocó la frente caliente y húmeda y el vientre caliente y seco. Recuerda eso: el sol arriba, el sol en el viento, el sol en los cuerpos. Si hubiera podido cargarla en brazos, eso se reprocha. Pero a la china la había engordado el embarazo y para ese momento eran dos personas en una. Casi que la obligó por la fuerza, y ella le hizo caso: posó las manos en las piedritas y apoyó todo su cuerpo para pararse. El resto se había adelantado bastante. No quería quedarse solo con el sol y la tierra y la mujer y el crío. Eso era mucho para un solo hombre.

Recuerda que se sacó la camisa y envolvió la cabeza caliente de su mujercita. Le vio los labios blancos. Sintió el primer latigazo del sol del

mediodía en la espalda desnuda.

Vamos, que ya casi estamos, le repetía para calmarla, aunque sabía que faltaba un buen tramo.

El resto ya se estaba perdiendo en el horizonte. Repartió la poca agua que le quedaba entre los dos, pero le permitió a ella un trago más largo. No tenían más hasta llegar al río.

Recuerda el río, el hilo de agua que se estancaba entre la tierra seca. Recuerda estar escarbando la tierra para exprimirle un poco de río que lavara todo el sol. Los otros hacían lo mismo. Mojó la cabeza, los brazos, el vientre de su mujercita. Mojó su cara y se le hizo barro. Le dio de beber barro. Ella miró hacia arriba, y el sol le cerró los ojos y la hizo caer otra vez, y una aureola roja y espesa se le dibujó en la falda. Eran tan jóvenes. Recuerda eso, que no sabía qué estaba haciendo su mujercita allí, que pensó en correr fuerte y dejarla, que maldijo al sol y al diosito que lo castigaba así.

Y el río, el sol bebiéndose el río. Él la agarró de los brazos y uno de los otros le tomó las piernas. Cruzaron el hilo de agua chapoteando. Recordó en ese recuerdo que antes era un río de verdad, que un día, se dijo, lo iba a cruzar para siempre.

Vámonos, bonita, le había dicho, vámonos a tener allá, como una reina vas a estar, bonita, vámonos.

Y ella lo siguió no sabe si por amor o por miedo, pero esto lo piensa ahora. Allí, en el recuerdo, eran tan jóvenes y cruzaron el río sin pensar, cargando a su mujercita en sangre y al crío que no iba a nacer. La apoyaron sobre el piso que, del otro lado, también es tierra y sol, y el otro le dijo aquí sigues solo, amigo, y continuó su camino con su bulto al hombro. ¿Qué habrá sido de ese?, piensa. Se lo encontró no hace mucho en un baile y se desconocieron. Le miró los ojos negros y chinos, y el otro escupió a un costado y se marchó. No lo siguió. Tuvo miedo del hombre que alguna vez lo había ayudado. Como tiene miedo ahora, o una sensación parecida al miedo que le crece ácida en el estómago, mientras camina y piensa en lo que sucedió en la casa, en la mujer rota

que le dejaron en la casa y que él tiene que arreglar, porque eso hacen los hombres, y le dan ganas correr fuerte por el medio de la avenida que, como el río seco, también es frontera.

Allí estaba el cuerpo tendido de su mujercita, y él, que era tan joven, y los látigos del sol en su espalda desnuda y rota a palizas. Caminó unos metros bajo el sol, arrastrándola por las manos, cuidando que las piedritas no le subieran la falda. Las ropas y la piel se le rasgaban, y deliraba, decía cosas que él no entendía. Se detuvo. Se sentó en la tierra y rezó porque la quería, siempre la quiso. Se secó la frente hecha barro y la cargó en brazos. Eso recuerda: el peso de su mujercita en sus brazos, el crío que, hecho sangre, pesaba más. La cargó y caminó con las rodillas dobladas. A lo lejos el asfalto de la ruta brillaba y se suspendía en espejismo. Llegó a la ruta y cayó de rodillas. Pensó en correr, pero ya no tenía fuerzas. Esperaron bajo el sol que rebotaba en el asfalto, hasta que pasó una chata y los cargó a los tres, que ya iban a ser dos.

Apura el paso. Piensa que su mujer y su wawa son un milagro. Piensa también que ahora, más que nunca, dejaría todo para correr fuerte hacia algún lugar sin sol y con mucha agua, como el océano. Ahora que tiene que encargarse de las cosas, que le rompieron la mujer y la casa y ya sabe quiénes, aunque preferiría no saber. Pero su diosito le dio esos milagros que él debe cuidar con su vida, así lo prometió. También le dio al Alonso que, después de todo, es un buen amigo.

7

Otra vez Fermín va a llegar tarde. Le molesta eso, pero seguro más le va a molestar a la patrona. Encima el ardor en la entrepierna, el bulto que pica como los piojos. Patea una piedra de la calle y se le mete en los ojos la mugre. Hace unos pasos más y ya sale a la avenida. A él también le gustaría vivir sobre la avenida. Antes, cuando se amuchaban en la piecita, la patrona no vivía ahí: vivía con él y con su madre y con su padre, que también se llamaba Fermín, más sus tres hermanitos, que después fueron cuatro. Tenían un lugarcito para ella y para el Aldo, que por momentos tuvieron que compartir con los primos y con algún sobrino. A él le gustaba tener a la patrona ahí, le gustaba verla lavar y coser prendas, y trabajar en las casas de las señoras, a las que lo llevaba si se portaba bien. Le gustaba a veces espiarle el cuerpo, cuando el Aldo le descubría las tetas y le subía la falda, cuando se daba un baño en el fuentón, cuando se ponía la bombacha.

Sonríe a pesar del ardor que pica: recuerda las tetas de su patrona, las primeras tetas que vio en su vida, enormes como todas las primeras veces. Por eso lloró a escondidas cuando ella pudo ponerse la verdulería en la avenida, y un día se fue de la piecita, y un día volvió de visita y ya estaba con la panza, y él de nuevo lloró, de nuevo a escondidas.

Sonríe con la mano nerviosa en los huevos, que pican, y mira la calle del otro lado: es más luminosa que los pasillos y más cuadrada y se levanta en bloques, en casas de avenida. Ahora está pensando en la excusa para que la patrona no se le enoje. Que la Meyi, que la hermana

se zarpó otra vez, esa nunca falla y siempre es cierta. Toma una pastilla de menta para anular el aliento a humo y tetra, se acomoda la visera y se rasca el bulto una última vez. Cuando llega, ve la puerta cerrada con el candado.

Golpea. No escucha nada, apenas el llanto tibio de la wawa, que calla de repente. Golpea más fuerte: nada. Saca el gancho del bolsillo y abre el cerrojo. Ve la mercadería desparramada, la cortina de la puerta inmóvil, el piso escupido de rojo sangre. Cruza el negocio y corre la cortina de la pieza: otra vez el pecho, ahora más caído y más grande, de su patrona. La guachita exprime con fuerza. A veces le gustaría ser la guachita por ese rato de pezón.

La patrona pega un grito corto y se sacude. Lo mira con los ojos grandes, desorbitados, suspira. Él le pregunta qué pasó y se sienta a su lado en el catre. Le corre el pelo negro y le descubre el cuello. Tiene ganas de abrazarla, por esta y por esas otras veces en que no la abrazó cada vez que se despedía. Tiene ganas de abrazarla ahora que la ve exprimir su pezón para llenar al crío. Ella baja los ojos, mira a su niña. Despacio, desprende la boquita de botón y sube su bretel derecho. Despacio, baja el bretel izquierdo y vuelve a prenderla.

Vete a juntar la mercadería, le dice como una orden de patrona, vamos, ordena mirándolo a los ojos. Se le notan todas las grietas.

Lo que está arruinado lo mete en una bolsa para ver después qué se hace. Lo que cayó de los cajones lo vuelve a acomodar. Mientras tanto, piensa en el vacío negro de la boca de su patrona. Se pregunta si lo hizo el Aldo, pero duda: no cree que tenga la fuerza suficiente. Piensa en ir a buscarlo, en darle una él solo: sería de cagón llamar a alguno más. Se repite que él, Fermín hijo, se la banca, que si quiere lo hace cagar al Aldo. Hoy no, mañana. Levanta un tomate que confundió su jugo con el de la sangre espesa. Ir a buscarlo a la obra, o mejor: encontrarlo en el baile de la Matilde.

Nunca le gustó el Aldo. Debería llamarlo tío, pero no le sale. No le gusta desde que lo vio llegar a la piecita con la mujer manchada. La

madre se la llevó y le dio otras ropas. Él era un guachito, pero se acuerda bien de la primera mirada de su patrona. No le gusta desde que les marcó la cara de un bife a él, a sus hermanos, a su madre, a su patrona. Y él deseaba con todas sus fuerzas que Fermín padre reviviera, que era lo mismo, pero su padre. No se gustan mutuamente y lo saben.

Y encima esto: la sangre en la mercadería, en los cajones, en las paredes, en el piso. Llena el balde y moja, pasa el cepillo por los restos de su patrona y ahí, agachado, ve un diente brillante y amarillo como una perla, bañado en sangre, un pedacito del cuerpo de su patrona que va a guardar para siempre.

Hijo de puta, piensa. Hijo de puta y cagón. Y lo va a hacer cagar, se lo promete. Pero hoy no, mañana. Hoy su patrona lo necesita, tiene mucho que hacer. Además le duelen la música y el tetra y esas pendejas calentonas, y le sigue picando el bulto, se había olvidado pero volvió, como si los piojos quisieran invadirle todo el cuerpo.

8

Van y vienen en la hamaca, el viento los limpia, les sacude el olor feo de la noche. El pelo de la piba le hace cosquillas en la nariz. Se ríen los dos, las risas tienen el sonido del chirrido del óxido. Van y vienen sus piernas, como esa cumbia, para adelante y para atrás, su peso sobre la hamaca y el peso de la piba sobre sus rodillas, y no pesa nada, pesa tanto como el viento que la despeina. Y qué lindo se siente. Todo en un sueño largo y esponjoso, como una prolongación de la madrugada, que no fue un sueño pero se sintió así, irreal. Las risas y el chirrido metálico y después la chapa de la puerta, el golpe insistente, como un llamado. Alonso abre un ojo y putea.

El Aldo lo saluda con los ojos chinos. Qué mierda hace en su casa tan temprano.

Tengo que hablarte algo, le dice. Antes de ir para la obra, o de camino; sabes que si no fuera serio no estaría aquí, molestando, le dice y mira para abajo con los ojos rojos y brillantes.

Y ese tono grave y casi solemne anuncia un quilombo que a Alonso no va a interesarle. Y lo odia. Hace un rato nomás había llegado a su casa y conciliado el sueño, un lindo sueño, y ahora lo tiene a este negro maricón rompiéndole las pelotas. No se le acerca para evitarse el olor a vino, a mugre, a su prima. Bosteza todo lo que no durmió y entra al baño para mear.

El Aldo lo sigue, como siempre. Se le pegó como una lagaña desde aquella vez en La Esperanza, cuando él le salvó las papas. También...

Quién lo manda. Vuelve a bostezar y vuelve al sueño y a la plaza. Sonríe y apunta.

Pasó algo grave, le dice el Aldo.

Él no pregunta, se concentra en el color del chorro.

Entraron en la casa, y no tenían por qué, si yo no me meto con nadie, si he pagado mis deudas, sigue, con la voz quebrada.

La guita la puse yo, miente Alonso.

Y bueno, pero está paga. Me robaron y me agarraron la mujer; tengo que hacer algo y vos me tienes que ayudar, para qué están los amigos.

Sacude y se acomoda el calzón. Se le viene a la cabeza el pedo que tenía el Aldo mientras el peruano se la daba, ahí en La Esperanza. El Aldo se movía en cámara lenta. El peruano lo tumbaba y el otro volvía a levantarse, y así tantas veces. Él se reía: era increíble la voluntad que tenía el negro para volver a levantarse cada vez, como un corcho en el agua. Hasta que el peruano le pinchó el estómago y el Aldo cayó en su propia sangre. No sabía qué había pasado, tampoco le importaba. Quizá le había caído bien el cuerpo del Aldo, su voluntad de corcho. Quizá por eso lo frenó al peruano y le dijo que él mismo –porque recuerda haber dicho yo mismo, porque nunca tuvo más garantías que su palabra– le iba a pagar lo que el negro le debiera, pesito por pesito.

Pero no pagó. No porque no hubiese querido, aunque tampoco era algo que le correspondía. Es que creyó que los había mantenido a raya a los peruanos, creyó que estaba bien así. También creyó que el Aldo era más cumplidor, que le iba a devolver. Es que pasan las fichas, las putas, la cancha, los meses y la obra, la mole de cemento que lo va consumiendo y no le deja hueco ni para visitar a su pibita. Pero ya va a pagar, en cuanto se recupere de algunas malas, y listo el pollo.

Agarra al Aldo por los hombros –frota las manos en su pilcha– y lo lleva a la mesa que ocupa el centro de la pieza. Se le está desvaneciendo el sueño, la noche anterior, todo el amor.

Ya lo vamos a resolver, yo me voy a encargar, le dice. Será la culpa

la que habla, o una especie de lástima nueva que le nace después de una buena noche. Yo te voy a ayudar, negrito, para qué estamos, le dice; pero no puedo hacer nada hasta que me devuelvas cada pesito, ¿me oís? ¿Dónde está la guita que me debés, eh, dónde?

Como todos los días, le da una semana para pagarle. Quién me manda a mí, piensa.

Vos no te preocupés, no va a quedar así lo tuyo. Pero esto es un ida y vuelta, viste. Y le pide que vaya a cobrarle una guita después de la obra, que se la lleve esa misma noche, pesito por pesito, que su comisión se va a ir descontando de la deuda, o de los intereses de la deuda, y que mientras tanto él se encarga de lo que pasó en su casa, que deje todo en sus manos.

El otro asiente y no emite sonido. Y esa clase de obediencia, esa clase de respeto es lo que más le molesta a Alonso. Le molesta más que el calor, que el sol que va a pincharlo en la obra en la que tiene que mandar como un patrón, más que el sueño interrumpido, el recuerdo desvanecido de los dientes de su chiquita, de la risa de sus dientes en la hamaca, ya entrada la madrugada, más que la cara del Aldo, sus ojos color sangría.

Saca la bolsita del cajón de la mesa de luz y la desparrama sobre la otra mesa. Saca la vidriada, la de emergencias.

Dale, maricón, a ver si te volvés hombre.

El Aldo aspira una, dos veces. Él, un poco nomás, para despabilar.

Arranca el auto para ir a la obra con el Aldo en el asiento del acompañante: tiene los ojos hechos dos huevos rojos y no deja de mover la pierna como hace en el baile. Qué flojito es. Se pregunta si cogerá así, como un epiléptico, si habrá cogido así con su prima. Piensa en el encargo que le hace Matilde en esas noches, antes de que lleguen las chicas y arrasen con todo. Le gusta llevarse a la hija de su prima a la plaza, le gusta más que cualquiera de las chicas; hacer de cuenta que están en otro lado por un rato, que tienen otra vida juntos, jugar a las cartas, decirle cosas de padre. Y un poco lo es, piensa ahora, quién la va

a cuidar si no. Le cae bien la pendeja, le gusta ver todo lo que crece y tan rápido, que se ponga sombra celeste en los párpados, que se arquee las pestañas. Le gusta después, cuando se van las chicas, llevarla a su cama y arroparla como si fuera una nena. Y un poco lo es.

9

Ay, diosito, virgencita, por favor, que se me quede, que no me deje aquí solo, aquí no. Esa era la oración para adentro, la palabra constante que decía para adentro, la súplica y las lágrimas atascadas adentro. Una vena gruesa de lágrimas que iba de los ojos a la garganta y después al estómago, haciendo lugar entre la carne, fluyendo con la saliva. La sangre ya seca en la chata del otro, bajo el sol seco y el aire seco. Había tapado a su mujercita con todas sus ropas para que no le pinchara tanto. Él se quedó en cueros, los pelitos de los hombros chamuscados, las llagas de la espalda enrojecidas.

El hombre había parado ahí en medio de la nada. Los había mirado de arriba abajo, los ojos chinos, la cara cobre, parecía un paisano. Y habrá sido por eso que los subió. Quién si no iba a querer meter a su mujercita toda en sangre –seca ya, pero en sangre–, quién se iba a animar. Él se paró enseguida, se le puso todo negro y se le desacomodaron las ideas. Para dónde, preguntó el otro. Para un curandero, respondió lo más fuerte que pudo. El otro asintió, como dejándose. Él corrió a buscar a su mujercita, todavía tirada sobre la banquina, la cabeza tapada con su camisa, como una muerta. Primero la sentó, mantuvo su espalda apoyada en sus rodillas. Después la tomó de los sobacos, hizo fuerza y la despegó de la tierra. Ella parecía dormida, decía cosas inentendibles, pesaba. Logró pararla y apoyarla en sus hombros el tiempo suficiente para poder tomarla en brazos.

Temblaba mientras se acercaba a la chata del otro cargando a la

mujer y al crío muerto. Le hizo señas para que le abriera la puerta del acompañante. No, cabeceó el otro, y señaló con los ojos hacia atrás. Allí la tuvo que cargar. La dejó recostada, la cabeza cubierta. Sintió en su espalda el rebote del sol en la chapa. Ay, virgencita, empezó a suplicar.

Ahora de nuevo le reza, rápido como aquella vez, un rezo interminable, las palabras se le mezclan. Pide por su mujercita, por su wawa, por la justicia divina. Quiere salvarlas a ellas y a él mismo, y que lo sigan Alonso, y el Zurdo, y también Matilde, por qué no, y la hija de Matilde, que crece en todas direcciones como la mala hierba; que nos salvemos todos. Quiere un acto divino que lo ajusticie, una aparición que lo bendiga.

Quiere que se le conceda, como se le concedió aquella vez, apenas cruzado el río, con el sol que pinchaba en la chapa que pinchaba en la espalda, que seguramente pinchaba en el cuerpo de su mujercita y en los restos muertos del crío, recostados los dos atrás, cada vez que la chata rebotaba en los pozos de la ruta y se le hundía en la carne. Rezaba firme y por dentro, pedía por él, por ella, y los gemidos de la mujer le hacían coro. Dejó de escucharlos y creyó que se había muerto, y enseguida la chata se metió en un pueblo, frenó delante de una puerta color barro, todo color barro y tierra y sol, como allá, como si nunca se hubiesen ido.

Sacó a la mujer de la chata. Hasta parecía más liviana. La cargó hasta la puerta. Entró. Sintió el incienso. La luz amarilla. Había otros esperando. Eran deformes, o así los recuerda, los rostros derretidos. Y estaba allí: la mujer en brazos, la sangre, y otra mujer se acercó enseguida, como una aparición, como la virgencita, y se los llevó a una habitación.

Es una emergencia, madrecita, decía la otra mujer.

La madrecita encendió muchas velas. Tomó del brazo a un señor que ya estaba adentro. Lo besó. Le pidió que la esperara afuera. El Aldo apenas podía sostener a su mujer. La madrecita le pidió que la recostara en el piso. Puso velas alrededor de todo su contorno. Cantó sobre la

mujer iluminada. Después tomó una cuchilla. La otra mujer lo sacó de la habitación. Él quería ver.

Ay, virgencita, que se quede conmigo, que no me deje solo aquí, rezó del otro lado de la puerta, lloró detrás de la pared que lo separaba, gritó con la voz en el pecho de la otra mujer, que le sostenía todas las miserias y no lo dejaba caer.

¿Cuánto habrá esperado del otro lado? Habrá seguido rezando hasta dormirse. Habrá querido creer que era todo un mal sueño.

En algún momento la puerta se abrió, y la madrecita lo buscó y le tomó las manos y le dijo que todo iba a estar bien.

Debe dormir, le dijo, dos o tres días enteros.

No, señora, debemos seguir andando, dónde vamos a quedar, respondió él. Ay, virgencita, qué vamos a hacer, ayúdame, santita. La madrecita volvió a entrar. Él fue tras ella. Vio a su mujer dormida, el rostro ángel, el cuerpo blando. La madrecita tomó tres frascos y los mezcló en uno. Apagó las velas. Tomó un sorbo. Se acercó a la boca de su mujercita y la besó, le escupió eso adentro.

Va a aguantar unos días, pero debe descansar, le dijo.

Cuando la madrecita la puso en pie y les dijo que ya podían irse, salieron nuevamente al sol. Ella no hablaba; no iba a hablar más, quizás, y eso era bueno: no quería tener que oír las penas, los dolores, los quejidos. Había que seguir andando.

Mientras estuvo claro, siguieron el camino de la ruta en silencio. Sabía que iba a tener que encargarse de todo: del sol que iría bajando, de la oscuridad de la ruta. Trató de hacerse levantar antes de que oscureciera. La mayoría de los que andaban por allí eran camiones, algunos pocos con carga. Iba haciéndoles señas, buscando el favor, hasta que uno frenó.

Adonde vayas, amigo, le pidió y atinó a abrir la puerta del acompañante, mientras le hacía señas hacia atrás a su mujercita para que se recostara en el fondo, ahora que el sol no iba a picar tanto, y así él, adelante con el otro, podía ver mejor el camino. El otro intercambió

lugares:

La mujer acá, le dijo. Y la mujer hizo sin chistar.

¿Qué habrán hecho esos dos en todas esas horas? Él quiso mirar, pero la ventanilla trasera estaba oscura de mugre. Se acomodó sobre una lona y miró el cielo rosado, violeta, azul, negro, y todas las estrellas que se desprendían. Cuando el hombre los bajó, todavía era de noche. Les indicó la entrada a un pueblo y siguió su ruta. Él quiso agradecerle, pero no le dio tiempo. Más que seguro su mujer había agradecido por los dos.

La miró bien, quiso olerla. Si no hubiese sido por la huella del crío muerto, la sangre seca que aún se le dibujaba en la falda, le habría pedido las explicaciones y la habría puesto en su lugar. Ella empezó a andar. Y allí, en el camino oscuro ladeado por las sombras grises de los pastizales, la vio como si aún anduvieran por el monte: la trenza larga y despeinada acompañando el vaivén de las caderas anchas que lo invitaban, que siempre le hicieron agua la boca.

10

Hoy la patrona decidió cerrar temprano. No era para menos. A Fermín se le hace raro salir de la tienda cuando todavía hay un resto de sol. La visera le hace sombra en los ojos cansados, la resolana que rebota en la avenida le calienta la frente. Y hoy necesitaba salir temprano más que nunca: la picazón en el bulto se volvió un ardor continuo, como si su verga estuviera en carne viva. Camina rápido, la frente hecha agua, la resolana que le pincha la piel, la mano en el bolsillo, acariciando el diente de su patrona, el pensamiento constante en la cara oscura del Aldo, al que se la tiene jurada y uno de estos días…

Entra en los pasillos húmedos y el aire se vuelve baboso. Habrá llovido en algún momento, o será el rocío de la noche anterior que todavía no se evaporó. Como una aparición, ve a lo lejos a la piba de la Matilde. Está chapoteando entre el barro de las callecitas: las tetitas apenas sugeridas debajo de la remera, las piernas apenas peludas, el culo apenas esponjoso, la nuca apenas desnuda bajo la cola de caballo. La ve sola, jugando entre los charcos con todo ese cuerpo que se le anima, con la carne que apenas se le desprende de los huesos cada vez que salta. Como él la ven todos los tipos del chaperío lindante, como una aparición de la virgencita, luminosa e intocable.

Se acerca despacio y le pregunta dónde se metió su vieja. La piba señala con los ojos negros la pieza, y ese movimiento, esas pestañas arqueadas le sacuden el bulto, le irrigan sangre ahí, donde pica y arde y ahora, bien erguido, desespera. Se lo agarra como un reflejo y putea.

Todavía no entró y ya siente el olor espeso, el humo condensado del aliento y el sobaco de los hombres. Se le mete adentro y lo cachetea su noche, que fue otra noche distinta de la que huele ahora. En la suya, él era más grande que su padre, que bien muerto está; él era dueño del mundo, de la guacha que quisiera, de los amigos que gritaban su nombre mientras lo llevaban en andas; él era un hombre con la verga así de grande, que fue hasta la avenida a levantarse a la Yamila. Se acercó despacio, el pecho desnudo e hinchado, la nariz llena de la noche de verano. La Yamila lo miró con esa cara de todos los días, cada vez que la iba a buscar. Apenas atinó a hacer el revoleo de ojos y a empujarlo con el codo para que no le usurpara la esquina, que le espantaba a los clientes, él sacó la guita que traía y vio cómo le cambiaba la cara: de un momento a otro, los ojos fijos en su verga así de grande, la piel deseosa.

Entra en la casa de la Matilde: ve a un gordo tirado en el piso, quién sabe si no muerto, boca abajo, el torso desnudo, la jeta abierta y chorreada. Se mete en la pieza y ve a la Matilde tirada en el catre, también boca abajo, destapada y desnuda. Ve las formas que dibuja su espalda, los bultos a los costados, la carne chorreada. Trata de despertarla. El bulto se le va calmando de a poco. La llama, la mueve, grita su nombre. Matilde abre los ojos pegoteados de lagañas.

¿Qué mierda querés, pendejo?, le dice con la voz ronca. El vaho nocturno se le escapa de la garganta.

La forma cortada de su cintura le recuerda a la cintura de la Yamila, cuando aceptó su trato en la avenida y le pasó estos bichos que no dejan de arder; piensa en ir a buscarla esta misma noche para obligarla a que lo despioje. Parado al lado de su cuerpo, le pregunta si el Aldo anduvo por ahí, y si va a volver a andar esta noche.

¿Qué hora es?, dice la Matilde y voltea la cara buscando los huecos sin el rayo punzante de la resolana.

Dale, despertate, es tarde. Y ahí afuera está tu pendeja. Yo que vos la meto.

Matilde vuelve a mirarlo. No sabe si debe tomarlo como una

amenaza, no sabe por qué quiere saber dónde estuvo el Aldo o dónde va a estar, no sabe por qué no se lo pregunta directamente a él, si lo ve todos los días en el local. El día que perdió tirada en la cama le pincha el hígado, el culo, todo el cuerpo. Quiere que el pendejo se vaya, quiere que su hija le prepare algo para comer.

No, no estuvo, no lo vi y no lo voy a ver, le responde. No sabe por qué necesita proteger al negro ese de algo que no sabe qué es, y tampoco le interesa.

Fermín se rasca el bulto, se lo acomoda. Sale de la pieza y patea el cuerpo del tipo que sigue tirado, medio muerto. Le habrá movido algo adentro, porque ahora le brota un vómito espeso y marrón que lo despierta.

Rajá, gordo, rajá, le grita.

El gordo trata de incorporarse y balbucea cosas inentendibles. Lo levanta, lo saca a empujones por la puerta de chapa de la casilla, lo ve adentrándose en los pasillos que, apagándose la resolana, se vuelven oscuros como el vómito, como la tierra húmeda, como el charco en el que la pibita no deja de chapotear. Como si fuera su hermana, le da un beso en la frente y la manda para adentro, que no son horas.

Ya cerca de su casa, escucha el ladrido de la perra, que se le viene encima corriendo y moviendo la cola y lo acompaña hasta la puerta, donde está parada la madre con uno de sus hermanos colgado de su pierna. Mientras le grita y le pregunta por la paga de la semana, Fermín vuelve a recordar la concha negra y enferma de la Yamila, la oscuridad del baldío que rodea la villa, la picazón ardiente en el bulto. La perra salta sobre el barro y le salpica los tobillos, la madre sigue gritando; pican sus insultos en los oídos, pica el bulto que lo delata y también pica la palma abierta que hace remolino en su cabeza, en su cuello, en su espalda.

11

Anduvo todo el camino con los ojos cerrados, flotando como a veces flota en los sueños, como si dos cuerdas la colgaran del cielo, desde el ombligo y la nariz, como una hamaca. Anduvo nunca supo cuánto tiempo, tampoco lo sabe ahora y no puede contarlo aunque quisiera. Las piernas sobre las del Aldo, el torso ladeado en el asiento, la panza plegada y vacía. Y escuchaba la nana que le cantaba a su hermano, al más chico, apenas nació y su madre no podía cargarlo porque le dolían los brazos, todo el cuerpo, y su padre ya había partido no sabía adónde, sin maleta, con lo puesto. La misma nana que ahora le canta a la wawa.

Escuchó todo ese tiempo que nunca supo medir la nana que alguna vez le habrán cantado a ella cuando niña, y se le habrá grabado en algún lugar del cuerpo y ahí se quedó, y no se fue ni con las palizas, ni con los trapos de fregar, ni con el niño que acababa de derramársele por ahí abajo. Bajó de dos micros y se subió a otros dos, los ojos cerrados y los hombros del Aldo como un bastón, como si fuese una ciega.

Llegamos, le dijo el Aldo.

No quería bajar. Él la apoyó contra su cuerpo y la hizo andar. Se le doblaban las rodillas. Era toda una baba espesa que se iba derritiendo de a poco.

Abre los ojos, bonita.

Le dolían las lagañas. Sintió la sombra húmeda, los ruidos de todos los coches, los muros altos. Le hervían las mejillas. Anduvieron otro rato despacio. Escuchaba los bufidos del Aldo, su aliento espeso. La

hizo sentarse en un banco. Su torso se plegaba hacia adelante: le faltaba toda la carne que la sostenía.

Me cansé, le dijo él, no soy tu burro, ahora te toca andar sola.

El Aldo se alejaba unos pasos, se paraba detrás de otra gente, esperaba. Paró otro micro, y él le hizo señas para que se acercara. Un paso a la vez, se dijo a sí misma. Cuando llegó, el Aldo le tomó la mano y la ayudó a subir los dos escalones, los más empinados que iba a subir en su vida.

Estaban parados. Se tomó del caño con las dos manos. Sintió los vaivenes del micro y se le revolvió el estómago. Cayó de rodillas y se quedó ahí, la cara hirviente contra el caño frío, los brazos alrededor del caño, como si abrazara la pierna de su madre. Una mujer se paró a su lado y le tocó el hombro.

Sientesé, señora.

El Aldo la ayudó. Cerró los ojos de nuevo. La nana, la fiebre, el ruido.

El Aldo le pegó el grito desde adelante.

Ya bajamos, le dijo.

Estaba hablando con el conductor. Se puso a andar una vez más. Las calles más tranquilas, las casas bajas. Él iba unos pasos más adelante. Cada tanto paraba para esperarla, la apuraba. Se metieron por una calle de tierra. Las casas se acumulaban. Los niños se le atravesaban como visiones. El Aldo dobló en un pasillo, y temió ya no verlo más. Llegó al final del camino, miró para todos lados. No había ni rastro de su hombre. Escuchó el grito a su izquierda: se había metido en una de las casas. Salió una mujer para buscarla. Tenía el vientre redondo, enorme, brillante. La tomó del brazo. Anduvieron unos pasos así, como si fueran comadres. Quiso llorar.

Después se vio sobre un catre, las piernas extendidas, la frente mojada. Llamó al Aldo. La voz le raspaba. Miró a su derecha: un niño le clavaba los ojos brillantes. Extendió su mano y el niño la tomó. Después salió corriendo. Enseguida apareció la mujer preñada. Puso un trapo

húmedo sobre su frente.

Mi hermano tuvo que salir, yo te voy a cuidar, le dijo.

El ombligo de la mujer, hecho un botón, casi toca su nariz.

Yo soy Majito, le dijo, se van a quedar acá con nosotros; esta es la piecita de ustedes, al otro lado del placar estamos los chicos y yo.

Majito hablaba diferente. No como ella, ni como el Aldo, ni como otras comadres. Majito empezó a bajarle la falda. Ella se estremeció, quiso detenerla.

Vamos a cambiar estas ropas manchadas, ¿sí?

El niño que se había ido volvió y miraba detrás de la cortina. Se dejó hacer. Quería cerrar los ojos otra vez. Quería quedarse así, flotando como en sus sueños.

Después se vio en brazos de otro hombre que no era el suyo. Sintió sus pasos apurados, el humo de su cigarro, el sonido de unas llaves. Sintió que zigzagueaba otra vez por esas callecitas, entre las casas acumuladas; que salía como de un túnel y la atravesaban el aire, el ruido de los coches.

Ay, mamita, creí que estabas muerta.

Majito lloraba y le acariciaba la mano. Ella seguía acostada, ahora en otra cama, llena de luces blancas. La cama rodó y se alejó. Majito soltó su mano y sus dedos bailaron en el vacío. Después, el ardor intenso ahí abajo, el tumulto de las manos y las cosas que escarbaban su hueco, que ella quería aspirar como si fuesen su niño muerto.

Y, cuando creyó que no podía estar más vacía, dejó de sentir por completo: ni la sangre derramada, ni el fuego que le consumía el vientre, ni un dolor. Volvió a escuchar la nana y sintió que descendía, que las cuerdas que la sostenían del cielo cedían despacio y oprimían el botón de su ombligo, ahora vuelto hacia adentro.

12

Es cierto que tiene una deuda con Alonso. Le debe la vida a Alonso. Le debe el dinero que puso para que los peruanos le perdonaran la vida. Le debe poder estar allí en la obra, trabajando en la obra –el sol pincha en los ojos, que se empañan de sudor– para que a sus mujercitas no les falte nada, para que puedan estar cada vez mejor, los tres, cada vez mejor. Es cierto que él ni sabía qué hacer, que estaba recién llegado y ya endeudado hasta la manija, y Alonso le dio esta oportunidad, le perdonó varios meses la deuda y de a poquito pudieron poner la tienda, piensa mientras lleva la carga en el balde y se le doblan las piernas y se le dobla el estómago de la acidez del baile, tan temprano y sin dormir. Y siente esa contradicción en el cuerpo: las ganas de volver al baile, la cabeza que no para de zumbar, el peso de las horas en la espalda. Y es todo junto, todo eso más el sol. Y es todo cierto.

Son unas horitas más, nomás, y ya paran para comer y ahí se te va a acomodar el cuerpo. Y ahí vas a poder hablar bien con Alonso, decirle bien todas las cosas, todo eso que pasó que es más grave de lo que contaste, o eso te pareció ver en los ojos de tu mujercita, en su olor.

Deja la carga y vuelve con la carretilla para hacer otra mezcla. Se le nublan los ojos del calor. Tendría que haberse quedado en la casa, piensa. Pero qué iba a saber. Y además qué iba a hacer si ni un arma tiene. Eso va a hacer. Va a pedirle una a Alonso para el trabajo que le encargó. Ahora al mediodía, cuando paren para comer, va a decirle bien todas las cosas y a pedirle un arma, que se la paga, claro está.

La mezcla está a punto. Ve el gris perlado por el sol y piensa en los dientes de su mujercita, en los que le sacaron, en uno que casi le saca él una vez en que ella no quiso darle dinero de la caja. Se lo negó como si fuera dueña de todas las cosas, se lo escondió a él, que es su hombre, y tuvo que darle la paliza y se le fue la mano, y uno se partió apenitas y sangró apenitas, y en la jeta nunca más. Pero le dio el dinero y nunca más se lo negó. Piensa en la fuerza que debieron tener las palizas de los otros –no sabe cuántos fueron, pero seguro más de uno– para que esos dientes cayeran de raíz y sangraran así.

Deja la carga. Se seca la transpiración de la frente con el antebrazo, el estómago es un fuego. Como si le hubiese leído el pensamiento, el gordo se acerca con una chela fresca.

Vamos a la sombra, le dice.

Se saca el casco y lo sigue. Todos lo siguen. Ya a la sombra, respira el fresco del cemento y toma del pico. Se apaga el fuego que venía ardiéndole desde que salió de la casa. Toma otro sorbo largo. Los otros se la sacan de las manos.

No seas angurriento, le dicen.

Entonces llega Alonso –él siempre se queda a la sombra, como vigilándolo todo– y, cuando ve que termina con lo suyo, él lo llama.

Amigo, le dice y le guiña un ojo.

Qué te pasa, qué me mirás así, ¿te gusto?, responde Alonso mientras anota en la libreta.

Yo tendría que tener arma, ¿no? Para el trabajito de hoy, para hacerlo mejor. El Aldo está seguro de lo que dice. Alonso piensa, no dice nada y piensa. Y también para mi casa, para que no se metan en mi casa, sigue el Aldo.

Alonso vuelve a anotar. El Aldo se queda esperando, mira alrededor: están solos y habló bajito, nadie pudo haber escuchado.

Mejor no; vas a tener que ponerte creativo, además es pan comido, responde Alonso y se acomoda el pantalón, guarda la libreta en el bolsillo trasero y sale a paso ligero, le grita al gordo, le dice que está

haciendo algo mal.

Él sabe que puede hacer el trabajo así como está, desarmado. Sabe que puede hacerlo hasta mamado. No duda de eso. Tampoco duda de Alonso. Pero qué bien le vendría una, como para sentirse un poco más seguro. Un arma grande como su verga, piensa y se ríe. Y siente el olorcito del carbón, y la grasa vieja que chorrea y muere en el fuego, como si fuera el fuego de su estómago, que se fue y ahora arde allí, y es un fuego que va a volver a él, como siempre le vuelven las ganas.

Va apagándose el sol despacio. La resolana molesta más en los ojos. Caen los brazos y las piernas, cuesta mantenerlos erguidos, llega el bajón todo junto. Un trago va a levantar, piensa, y sacude el cuerpo para espabilar.

13

Que sus caderas eran demasiado estrechas, eso pensaba mientras las caderas del señor venían a estrellarse contra las suyas, que podía romperse, quebrarse al medio como un tallo. Y era gentil el señor. Se acercaba despacio. Primero al cuello sudado, después a la curva de su hombro, más luego al final de su oreja. Le hizo la señal de la cruz en los labios y ella no entendía si debía rezar, pero igual rezó y pidió no quebrarse, mantenerse junta, entera. Era gentil el señor y ella lo agradecía. Separó las piernas todo lo que pudo, tratando de estirar a voluntad las caderas, como si fueran músculos. Separó las piernas con sus dos manos mientras el señor la miraba y se desabrochaba la bragueta. Era amable, cuidadoso en sus movimientos, y le daba trabajo con la falta que hacía y nunca, nunca la arrebataba. Bajó sus pantalones un poco nomás y se fue acercando. La pinchó una vez, dos, tres. El catre rechinaba mientras las caderas se le iban ampliando, haciendo espacio para el otro cuerpo. Rezaba tanto para no quebrarse que dejó de sentir, hasta que el catre se silenció de golpe.

Y anoche pensó lo mismo, que podía quebrarse como un tallo. Aunque ahora sus caderas ya no son las mismas: le hicieron paso a la wawa. Como si aquella vez el señor la hubiese robustecido, la hubiese convertido en tronco que no se parte. Y sin embargo anoche, mientras la pinchaban y le molían la boca como pimienta, pensó otra vez en quebrarse, y la wawa volvió a chillar.

Piensa en el señor ahora, en su piel casi transparente. Recuerda sus

primeras noches en la casona a la que llegó recomendada por la madre de la Azucena. Hacía falta el trabajo, y la señora le había preparado el cuartito con el catre, había sido amable también, como el señor, pero de otra manera. Su madre y sus hermanos estaban amontonados en la casa y necesitaban. La señora también le regalaba viandas. Recuerda eso: la mirada celeste, el iris cielo vidriado de la señora cuando le entregaba las viandas y algunas ropas que le sobraban para que ella las llevase a su casa el domingo siguiente. A veces iba en alguna de las chatas que atravesaban el monte, si la levantaban; a veces el señor la acercaba, tan gentil. Recuerda también los ojos en sangre de la señora, cuando abrió una de esas noches la puerta del cuartito y sintió el chillido agudo del catre, casi el mismo chillido insistente de la wawa mientras anoche, y ese miedo avergonzado, casi el mismo miedo.

Abre la boca frente al espejo del baño y se mira los espacios negros, las encías hinchadas. Moja una esponja y la exprime sobre su cuello, hacia el final de su oreja, sobre la curva de su hombro. Baja a su vientre y el agua arde. Recuerda el dolor de los huesos de sus caderas haciéndose espacio entre la carne.

Ahora, en el baño, por primera vez en todo el día y toda la noche, siente el silencio, que es como el hueco negro de su boca. Se lava y siente el silencio del agua. Ahora, con la tienda cerrada, con Fermín ya afuera, preferiría no estar sola. Sabe que el Aldo no va a aparecer hasta bien entrada la madrugada y teme que vuelvan esta noche, teme que hayan olvidado algo y regresen a buscarlo. Moja con la esponja las rodillas raspadas. El piso del baño se va tiñendo de su mugre. Moja su nuca, siente el beso frío. Le brota nuevamente la leche de los pezones y sabe entonces que, como si ese fuera su llamado, la wawa volverá a chillar.

Y cuando salió de la casona de la señora, apenas con algunas ropas, el Aldo la levantó, la puso otra vez de pie y ya no se le despegó. Se la llevó para siempre. Ahora, desnuda en el baño, mientras limpia la leche que supura, se pregunta si podrá levantarla de nuevo.

Golpea el ladrillo flojo detrás del inodoro. Saca el fajo circular, que envuelto como está parece hacer bulto. Cuenta: está todo, hasta el último peso. Agradece a su diosito por su silencio y se despega por ese solo momento del miedo de pensar, cada vez que saca unos pesos de la caja de la tienda y los guarda allí dentro, qué pasaría si el Aldo se entera. Recuerda los momentos en que casi le entrega todo, las búsquedas desesperadas del Aldo por todos los recovecos de la casa, por todos los bolsillos y las partes del cuerpo, y ese aliento a sangría caliente, ese olor a sobaco y a cal.

Se viste despacio, guarda el fajo dentro del sostén. Toma a la wawa, que se inquieta y empieza a bramar, a reclamar su dosis. La prende del pecho. Calla, calla, mi niña, susurra por lo bajo. Y así, con la wawa prendida, atraviesa la tienda y sale de la casa.

14

Le pesa el metal en la mano. Le pesan el ruido, el olor a quemado, el cuerpo ahí, en el piso, que tiembla epiléptico y supura. Le pesa la ceja cargada del sudor de la frente, como si hubiese trabajado duro, cuando nomás fue llegar a la casa del hombre y matarlo, casi nomás eso. No sabe cómo pasó, no recuerda. Lo que sabe es el olor del caño que sostiene su mano y el cuerpo ahí tirado, los ojos abiertos y la sangre.

Había ido de la obra a lo del Zurdo. Consiguió el 38. Costó convencerlo. Le decía que no. Que si Alonso sabía de eso, si le había dado permiso. Él se rio. Le dijo que él no le pide permiso a nadie. Le dijo verdad. El Zurdo estaba que sí y que no. Le costó convencerlo. Al final decidió decirle que Alonso estaba al tanto de todo, que no le viniera con esas huevadas a él, a mí, que soy amigo, le dijo, y que pago por lo mío.

El Zurdo terminó dándole el 38. Se lo dejó con dos balas. Él lo agarró –pesaba más que ahora– y lo acercó a su nariz. No sabe por qué olió el caño como si oliera el hueco de una mujer. El otro le aconsejó que no jugara con eso, que no fuera gil.

Y ahora pagame, le dijo.

Él le dio unos pesos de los que se había llevado de la casa esa mañana.

Falta, reclamó el Zurdo.

Y lo que falta, mañana, prometido. Si somos amigos tú y yo.

Te voy a buscar y te arranco los huevos con la mano que me queda,

no me jodás, le dijo el Zurdo.

Recuerda eso y se ríe de nuevo, le había parecido gracioso.

Salió del Zurdo y pasó por unos tragos. Algo fuerte que le diera valor. Valor le sobra, pero a veces viene bien un empujoncito. Caminaba y tocaba el 38 en el bolsillo delantero del pantalón. Parecía otra verga. Fue al almacén. Tito le sirvió un whisky.

Qué es eso, le preguntó y le miró el bolsillo. Él creía que ahí adentro no se veía.

Nada, le respondió. Le dio la espalda al Tito y cambió de lugar el arma. La puso en la cintura, el mango para arriba, el caño apuntándole al bulto. La tapó con la remera. Tenía miedo de moverse mal y agujerearse los huevos.

¿Cuántos tragos tomaste en el almacén? No recuerda. No recuerda cómo llegó después a la casa del muerto. No sabe qué hora es, pero es de noche. Habrá sido ya de noche cuando saliste del almacén. El olor del caño se mezcla con el de la sangre. No recuerda el nombre. Alonso se lo repitió muchas veces, pero no lo recuerda. ¿Cómo hiciste para recordar dónde vivía? Sale a la puerta y mira para todos lados. Seguro que alguien escuchó los tiros, tiene que tener cuidado al salir. Se pregunta si habrán llamado a la policía; no, por qué iban a hacer algo así, si eso nunca es bueno para nadie.

Ve los ojos abiertos del hombre, la nariz en sangre, el pecho en sangre. Tiene ganas de vomitar. Nunca había matado a nadie. Ha visto muchos muertos, sí, pero no eran suyos. Ha visto muertos tirados al costado de la ruta, monte bien arriba. Muertos sin nombre ni verdugo, como animales. Él siempre evitaba mirarles las caras. No porque le diera impresión: temía que fueran muertos conocidos.

Había llegado a la casa del hombre y golpeado la puerta. El hombre atendió sin preguntar.

Vengo de parte de Alonso, le dijo él.

¿De quién?, preguntó el otro. Estaba en pedo, tanto como él.

¿Usté es Vega?, siguió el Aldo; ese era el nombre.

¿Quién pregunta?, dijo el otro.

Vengo de parte de Alonso, empezó a repetir, como un rezo. El hombre quiso cerrarle la puerta. Él no se lo permitió. Entró. Y entonces ya no recuerda bien.

Va por toda la casa buscando a alguien más. Parece que el hombre estaba solo. Mira bajo los catres, detrás de las cortinas. Silba, habla solo para ver si tiene respuesta. Sigue con el 38 en la mano, en alerta. Como no hay nadie en la casa, lo guarda en la cintura. El caño ya se enfrió. Es la primera vez que mata a alguien, se da cuenta de eso, y de que espera que sea la última. Mira al techo como si al cielo, le pide a su diosito.

No puede soportar el dolor de estómago. Pasa por el baño. Duda, pero aunque parezca una falta de respeto prefiere hacerlo en el baño antes que desgraciarse por ahí. Se lava la cara y las manos. Reza, pide perdón y reza. Vuelve al cuerpo y se persigna.

¿Cómo había pasado? Tiene ganas de llorar, ve la cara del hombre, los ojos abiertos, grandes, y tiene ganas de llorar. Se le aparece el rostro vivo del hombre, la voz del hombre cuando le abrió la puerta. Recuerda que entró por la fuerza. Vengo de parte de Alonso es lo único que recuerda haber dicho. Y el olor del cuerpo del otro, su aliento podrido, su torso tambaleante, la voz fuerte y barrida, casi como su propia voz, y los dos cuerpos cerca, bien cerca, tan cerca el pecho del 38, tan fácil el gatillo.

El otro lo empujaba, quería sacarlo de su casa. Él repetía el nombre de Alonso. El otro seguía empujando, lo hizo caer. Volvió a levantarse enseguida y le mostró el 38.

Nos calmamos, le dijo.

El otro rompió una botella que estaba sobre la mesa. Tenía los ojos desorbitados. No quería sacar el arma, no quería hacer eso por nada, pero tuvo que apuntarle para que se calmara.

Tranquilo, le decía, o eso recuerda, o quizás eso se dijo a sí mismo. Vega se le vino al humo con el filo de la botella. Forcejearon –¿habrás tenido el vidrio astillado apuntándote al ojo?–, él tenía más fuerza que el

otro, no le costaba tanto inmovilizarle los brazos, sostener todo el peso de Vega, que se le venía encima y él lo ponía en su lugar, y volvía a venirse y así, como un péndulo. Entonces sonó el tiro y el caño se calentó. No sabe cómo, no recuerda haber gatillado.

Golpea la cabeza con sus manos, tiene que despabilarse. Reza una vez más, pide perdón una vez más. Sale a la puerta y mira alrededor: no ve a nadie. Agarra un pañuelo y limpia el 38 tratando de no tocarlo. Lo hace lo más rápido que puede, como vio en las películas. Sale con el caño en el pañuelo, despacio, tratando de no hacer ruido. Siente que le quema en las manos. Levanta la tapa de un pozo ciego y lo tira ahí dentro. Y corre.

15

Era tan oscuro el monte esa noche. Tan oscuro sin luna que se le habían empezado a aguzar los oídos, los pelos de los brazos, la nariz, la piel. Y así andaba recién salida de lo de los Ortiz Quiroga. Como anda con la wawa ahora. Así sola y con un bulto de algunas ropas que ni siquiera eran de ella, que le había regalado la señora por su buen trabajo –cuando hacía un buen trabajo–, que solía usar antes de que el señor llegara y la desnudara toda.

Era tan oscuro que no se le aparecía la ruta y las espinas eran sombras que se alzaban a los lados. Y tenía miedo. Nunca había andado por allí a esas horas, nunca sola, nunca con esa vergüenza que le pesaba tanto en las rodillas, que le dolía al caminar. Y allí mismo oyó la chata que venía de lejos, y no supo bien por dónde estaba pisando, y no supo si la iba a pasar por encima, y no le importó. Así de avergonzada estaba.

La luz de la chata le dolió en los ojos.

Oiga, sintió que le dijeron desde adentro, a su lado.

Esa fue la primera vez que lo vio. Y era tan oscuro el Aldo: una sombra delante de la sombra de las espinas, dos ojos rojos y húmedos. Se subió a la chata sin pensarlo. Por un momento el hombre le pareció un demonio, una aparición del monte. Y qué hacía un peón como él, un campesino arriba de esa chata, se preguntó en algún momento. Pero qué podía ser más peor.

Dio la vuelta por delante de la chata. Las luces la encandilaron. Cuando se sentó, el Aldo sonrió y su boca se abrió como un abismo.

Dónde vas, le preguntó.

Le dijo que iba para la villa. No quería llegar a la casa todavía. Apretujaba el bulto de ropas sobre su falda. Pensaba en qué iba a decirle a la madre, pensaba en los hermanos. Cada dos o tres segundos, sentía la mirada de refilón del hombre, los ojos se le clavaban y le agitaban el vientre. Ella no quería mirar. Estaba segura de que cuando mirara no iba a poder parar.

¿Linda noche, no?, comentó él.

Toda la sangre en los cachetes. Parecía que el Aldo se estaba aburriendo. Temía no poder entretenerlo y que la dejara allí, en el mismo monte pero un trecho más adelante. No podía moverse, no podía hablar, tenía los ojos rojos del hombre clavados ahí abajo como una estaca. Al final, el Aldo se cansó y puso un casete y empezó a cantar. Tenía la voz ronca y profunda. Lo hacía a propósito.

Después de la primera canción se atrevió a mirarlo. Hubo un silencio eterno hasta que empezó la segunda. Él volvió a cantar y ella lo acompañó: se le quebró la voz como si estuviera a punto de llorar. Cantó más fuerte, casi gritando, hasta que se aclaró, hasta que alguna lágrima atinó a asomar y con el grito se le fue metiendo para adentro. Jamás llora delante de un hombre que no conoce. El Aldo puso un cambio y le rozó la pierna. Lo hacía a propósito.

Todavía sentía en el paladar el sabor del señor. Era un sabor delicado. Quería sacárselo de encima. Quería desaparecer también los gritos de la señora. Agarró el bulto de ropas que apretujaba contra su falda y lo tiró por la ventana.

¿Qué hace, qué era eso?, preguntó el Aldo.

No le respondió. No dejó de mirarlo, clavó su pupila en esos ojos clavados en ella, se metió allí negra como un hueco. El hombre agarró una curva cerrada y ella se volcó sobre él. Lo hacía a propósito.

Al rato vio las primeras casas. La chata se detuvo.

Aquí estamos, le dijo él.

Tenía que andar todavía un trecho para llegar a la casa. No quería

llegar, ni bajarse de la chata, ni salir del Aldo. Él la besó torpe, húmedo. Era un sabor áspero. Dejó que la lengua del hombre la surcara un rato. Después lo mordió. Él la agarró de la nuca. La miró. Empezó a desabrocharse la bragueta y la deslizó suave hacia abajo. Ella no se resistió demasiado. No sabía qué gusto iba a tener –eso la hacía dudar–, pero iba a ser un gusto diferente, eso seguro.

Cerró los ojos y bajó. Las tetas cayeron sobre sus rodillas, iban y venían. Sintió a sus lados el reflejo de las luces de otros coches, los pasos de los pocos caminantes, el murmullo oscuro del monte, que caía detrás de la chata como una cortina.

16

Ha sentido tanto aire en los pulmones, tanto que duele como el frío, cuando corría monte arriba para llegar a tiempo al campo y no comerse el castigo del patrón, y el aire limpio del monte se le metía a presión por la nariz y por los ojos dilatados de la borrachera de anoche. Tanto aire que punza en el pecho como ahora, que corre sin saber adónde.

Pero allá en el monte era más joven, antes de su mujercita y de la wawa, y el licor no le pegaba tan fuerte y el cuerpo le daba para eso y mucho más: para el sol del mediodía, para el azote del patrón, que así se cobraba la deuda heredada por sangre. ¿Cuántos adelantos había pedido tu padre? Dejaste de contar en un momento, se te hizo todo tierra y labor, todo junto en una nube detrás de tus ojos, y no pudiste ver más que deuda.

Empezó en el campo cuando el patrón corrió a su padre y le tocó recibir el puesto como herencia. Padre ya no era útil, eso decía el patrón, ya no servía ni para yunta. Llegaba con los brazos cansados, a veces tumbado sobre el hombro del Aldo, monte arriba, los ojos rojos y el aliento muerto. Y un día el patrón miró al padre, luego lo miró a él –los ojos profundos y secos– y le dijo vienes mañana, y fue una orden.

Corría el monte de ida y lo andaba tranquilo a la vuelta, a veces con la resolana y a veces con la noche. Sentía el fresco de los pastizales. Y después la casa, la humedad que brotaba del piso, el cuerpo del padre clavado sobre el banco, las piernas sobre otro banco, el cigarro deshecho en la boca, la cabeza ladeada, la botella apenas sostenida. Entraba

despacio para que no se despertara y lo agarrara. Traidor, te decía. Los dos solos en la humedad de la casa y alguna mujer, de vez en cuando, para iluminar. Traidor, te decía, y largaba el manotazo, a ver si te agarraba. Y solo veías deudas.

Corría de ida para cumplirle con el horario al patrón, su deuda más grande. Y andaba de vuelta tranquilo, sin apuro. Así de tranquilo también cuando su padre murió, no sabe bien en qué momento, pero en alguno del día, porque volvió y estaba echado como siempre y entró despacio para no despertarlo y también durmió un rato. Y después de unas horas, ya listo para ir al boliche del Romo, se acercó y lo miró bien, dejó de respirar para poder sentir su respiración, y notó que el pecho no se movía, que la panza no se movía, que la piel estaba gomosa y las venas le brotaban del cuerpo como las raíces de la tierra. ¿Respiraste profundo? Era algo que iba a pasar en algún momento.

Respira profundo ahora que le pesa otro muerto, las manos sobre las rodillas, el cuerpo cansado, resistiéndose a la sangre nueva. Decidió dejar de correr cuando llegó a una esquina que casi desconoce pero que anduvo alguna vez, y vio el reflejo amarillo de un bar a pocos pasos.

17

Tuvo que darse un baño antes de salir para lo de su prima. Mucho sol, mucha humedad y mucho chivo en la obra, todo eso junto como en las sangrías. Tuvo que cambiarse la pilcha. Esa noche iban a ir a la plaza otra vez, más que seguro, y no quería oler feo.

Ahora está sentado con la prima, que le está diciendo que el negocio va mal. Siempre le llora. Y vos sos pelotuda, también, le responde él.

Se ve que llegó temprano, porque todavía no hay nadie: uno o dos sentados, sosteniéndose apenas la cabeza, como si lloraran.

Pelotudo vos, dice Matilde.

¿Dónde está la nena?, le pregunta. No quiere seguir con esa conversación.

No sé, estuvo afuera todo el día. Se pone insoportable.

Vos te ponés insoportable. Insoportable y pelotuda. Andá a buscarla, querés.

¿No ves que tengo gente?

Matilde se para y va con los clientes, esos dos o tres gordos tristes con los párpados derretidos de tanto chupi y tanto calor.

Alonso tiene ganas de pegarle fuerte, de sacudirla. Un día se la va a llevar. Capaz que se la lleva y su prima ni se entera. Sale a la puerta. Mira para los dos lados. Rodea el bulo. La encuentra en la parte de atrás, en cuclillas, abrazada a sus rodillas con un brazo y, con el otro, dibujando con una rama en el piso.

Hola, hermosa, le dice.

La piba lo mira con los ojos vidriosos. Llora. Se para y lo abraza, se cuelga de su cuello como un mono. Él le olfatea el pelo. Quiere quedarse así y no soltarla, que pase a ser de su cuerpo como un órgano, así de vital. No le pregunta qué le pasa, no tiene ganas de hablar. Entra de nuevo con la piba colgada.

Ahí estabas, le dice la madre.

Su hija no la mira. Matilde se acerca. Quiere agarrarla de un brazo. Alonso la frena, le dice que no, y vuelve a sentarse. Las piernas de la piba se le acomodan en la cintura. No se mueve. El cachete apoyado en su hombro.

Te compré un regalo, le dice, ¿querés ver?

Entonces entra el Zurdo, tarde como siempre, y él se acuerda del Aldo, de que tiene que esperarlo. La piba se le plantó ahí y parece que no piensa moverse en toda la noche. Debe ser porque huele bien.

Él tiene que esperar, así habían arreglado. Mientras salían de la obra le repitió todo al Aldo, y que esa misma noche le llevara eso a lo de su prima. Claro, jefecito, le respondió el negro. Los dientes se le confundían con el color de la cara. Los ojos se le achinaban todavía más por el sol. Le hace acordar tanto a su hijo. La cara boba de su hijo. Los mofletes gordos, la pata dura para la pelota, el cuerpo torpe y macizo. Por qué no podía tener un hijo normal. Él hubiese preferido una nena como la de su prima. Así, tal cual. Y ahora creció tanto. Es una bomba la pendeja. La carne se le expande para todos lados. Pero eso pasó casi de un día para el otro. Si ayer, nomás, estaba en el bulo, montada a la rodilla de una de las chicas, jugando al caballito, dejándose mimar.

El Zurdo se acerca y se le sienta al lado. Lo codea con el muñón. Cómo va eso, pregunta.

Cómo va qué. ¿Lo viste al Aldo vos?

Hoy más temprano, más a la tarde. Me pido un vino. ¿Vos querés algo?, pregunta el Zurdo mientras se levanta de la silla.

Alonso trata de frenarlo con la pierna. La piba bosteza en su

hombro. Un labio le roza el cuello de la camisa. ¿Y entonces qué?, le pregunta.

No, y eso. Vino a pedirme lo que le mandaste.

¿Y qué le mandé?

Eso que le mandaste –el Zurdo señala con los ojos a la piba, se pone respetuoso cuando quiere–. Me pagó una parte, nomás, así que podrías invitarte el vino.

Quiere matarlo, agarrarlos a él y al Aldo y matarlos. Pero tiene ese cuerpito ahí, anclado a su cintura, y la cola de caballo que le hace cosquillas en el mentón.

Vení conmigo, le dice al Zurdo. Se para con su chimpancé, busca a su prima con la mirada y, sin encontrarla, sale con el otro atrás. Caminan los pasillos oscuros hasta la avenida, y de ahí hasta la casa. No se dicen una palabra. La piba se le durmió. La acuesta en su cama: parece una virgen, es una virgen. El brillo que se había puesto en los ojos, corrido por el llanto, le dibuja estrellas en los cachetes. Le saca las sandalias y la tapa con la sábana.

¿Y qué le mandé?, vuelve a preguntar Alonso.

El 38. Me debe. Me tiene que pagar ahora.

Rápido, con un movimiento casi de mago, Alonso le hace pinza en la nuez de Adán. Aprieta fuerte. Al Zurdo se le salen los ojos, lo mira con los dos globos desorbitados y rojos, hace un gemido sordo, supura miedo por la piel.

Manco de mierda, dice Alonso. Vamos, ayudame a encontrarlo, que este no aparece más.

Le saca los dedos de la garganta. El Zurdo va recuperando color. La sangre de los ojos vuelve a las venas. Respira. Lo va a matar al Aldo cuando lo encuentre. Lo van a matar los dos.

18

No sabe ni qué día es. Tiene el corazón en galope, como si se hubiera bailado veinte cumbias, como si se hubiera zambullido recién en la gorda. Qué ganas, un ratito nomás. Qué ganas de no estar donde está. ¿Cuánto tiempo pasó desde que empezaste a correr?

Llegó así al bar, diciéndose. ¿Qué hiciste? ¿Qué hiciste, negro torpe, negro inútil? ¿Qué vas a hacer con lo que hiciste? Mete las manos en los bolsillos. ¿En qué momento te quedaste sin un peso? Tendrías que haber ido a la casa, hablar con tu mujercita y sacarle la caja del día y después venirte al bar, así mejor. Pero decidiste que no podías volver así, con el olor del muerto encima, que ibas a necesitar unos tragos, un poco de combustible, y quién dice después un poco de amor. Y entonces sí rajar del todo. Agarrar la mujer y el crío y correr de nuevo.

Ahora, un par de botellas más tarde, se le potencian el trajín del día en el cuerpo, el muerto en la cabeza, en la nuca. Se acoda en la barra.

Amigo, una más, le dice al que atiende la caja.

El hombre se niega, pero no dice nada. Él no entiende. Mira los restos de los vasos que descansan sobre la barra, las colillas de cigarros desparramadas como cadáveres alrededor del cenicero. Ve que el hombre llama al mesero con los ojos; él lo conoce, lo ha visto allí más de una vez. El mesero, negro y grandote, se acerca y pasa un trapo por toda la mugre. Le toca el hombro.

Tenés que irte, le dice.

Pero por qué, amigo, por qué, si no he hecho nada, amigo.

Algo dice el mozo, algo repite pero él no entiende. Sigue con esa mano pesada en su hombro, y quiere levantarse pero siente que lo empuja hacia abajo, hacia el taburete, siente que le pesan las horas, el hombre muerto, que el ruido a vidrio del bar lo amedrenta.

Entonces escucha el chirrido de la puerta. Se abre y entran los otros.

¿Por qué no me da una botella más, amigo, si no he hecho nada, amigo? No entiende, no entiende los ruidos ni las palabras ni las miradas.

Quisieras que Alonso estuviera allí sentado también, que siempre se hizo entender mejor, que siempre se lo escucha y los otros le hacen caso. Quisieras volver atrás, todo atrás, y hacer las cosas bien esta vez. No tener que salir corriendo, agarrar la mujer y salir corriendo, como siempre has hecho. Quisieras poder quedarte como estás ahora en la barra, el tiempo congelado y otra botella.

El mesero saca su mano del hombro y la espalda se le vuelve a acomodar. Se acercan los otros hombres, se le paran detrás, uno se sienta a su lado. Oye que le pide una botella al de la caja, para el amigo, le dice. Él agradece, pero no confía: nadie da de beber gratis, porque sí.

Empieza a entender cuando puede girar el cuello hacia la izquierda, que le cuesta y le duele y le pesa como si tuviese otra mano haciéndole presión. El peruano se ríe con la boca abierta; los dientes negros y los vacíos se le acomodan en el resto de la cara.

¿Dónde está el otro? ¿te ha dejado huérfano?, le pregunta.

Le palmea la espalda cuando llega la botella. Si no la necesitaras tanto, en una situación así dudarías de servirte. Desparrama bastante alrededor del vaso, moja la barra que el mesero acaba de limpiar.

El peruano se ríe y la mueca se le extiende en el tajo que le llega casi a la oreja. Los otros dos se mantienen serios y duros a su espalda. Él empina el vaso como si fuera el último trago de su vida. Y quizá lo sea. Y qué más da, si su diosito es así, justiciero. El peruano le dice cosas tranquilo, como si le contara uno de esos cuentos de mamados, le habla

y fuma y no toma nada. Él quiere ofrecerle un trago.

Creí que habíamos quedado en que no aparecías más por aquí, siente que le dice.

Recién entonces se da cuenta de dónde está. Y cómo le explica que no es una provocación, que no se dio cuenta, que ha tenido una mala, pero de las grandes, que nunca supo dónde estaba y que no recuerda ni qué día es. Cómo le explica si no puede hablar, ni moverse, ni pensar.

¿Dónde estoy?, llega a decir con mucho esfuerzo, y el peruano vuelve a reírse.

Los otros dos lo toman de los brazos. Lo llevan y él no puede ni resistirse. Piensa en la botella que quedó a medio tomar. El de la caja protesta: están llevándoselo sin pagar. Quiere volver a acodarse en la barra, terminar su botella, volver a la casa, dormir en su mujercita, sentir el vientre tibio y el aliento tibio, hacer de cuenta que no ha pasado nada. Los otros dos lo alzan. Sus pies apenas rozan el piso del bar.

Ando de malas, llega a decir, y los oye reírse otra vez. Es una risa seca.

19

Iba a pie por el monte hasta el campo. Luego iba a pie a buscar a su mujercita, por las tardes, cuando bajaba el sol, para pasear de la mano. Iba a pie de regreso con su padre, que ya ni lo reconocía del mamón, todos los días, la panza dura y duros los intestinos, las canas en el pecho, el aliento muerto. Siempre anduvo a pie, también cuando se fue, también cuando se instaló en la ciudad. Alguna vez pensó en comprarse un coche como el de Alonso. Quiso juntar de lo que ganaba la tienda, pero nunca le alcanzaba. Quiso jugársela también, en una de esas un golpe de suerte… Él no tiene suerte, anda a pie, los cayos en los talones, las uñas encarnadas. Un día se va a comprar una chata como la que tenía el patrón.

Recuerda cuando la manejó y entonces le cambió la vida. Era de noche ya, se había quedado horas y horas trabajando el campo, y casi que le tuvo que rogar, que no podía andar a pie a esas horas por el monte. Y el patrón que no. No había forma. Tuvo que robarle las llaves y llevarse la chata de prepo, y después aguantarse sin chistar la paliza, al otro día, cuando volvió al trabajo y devolvió la chata a su lugar. Y la paliza no dolió nada: había levantado a una mujer que emergió del monte como una aparición, y su recuerdo se le había metido ahí abajo como para siempre, y no podía pensar en otra cosa que en eso que le latía en el bulto.

Ese día no se quedó en el campo. Salió con la resolana y empezó a andar monte arriba. Los peones lo miraban y no entendían cómo

sonreía tanto después de la paliza que se había aguantado. Caminó monte arriba sin cansancio y después bajó a la villa. No sabía dónde vivía su nueva chichi, no sabía nada. La noche anterior, apenas había terminado con lo suyo, su chichi bajó de la chata y salió corriendo. La trenza le colgaba como un péndulo.

Tenía que volver a la casa y atender al padre. La resaca del padre y el vómito de sangre y las ganas continuas de cagar. Decidió postergar todo y seguir andando por la villa. Confiaba en que esta vez el destino lo iba a favorecer. Esa iba a ser su mujer. Anduvo sin prisa, entró en los almacenes a tomar algunas chelas. Siguió andando aunque el sol ya se había puesto y eran horas de volver.

La vio ya bien entrada la noche, bajo uno de los faroles. Tenía los hombros al aire y la falda quieta al ras de sus pies. Corrió un poco para mirarla mejor: no estabas seguro de que fuera ella. Iba caminando detrás, el culo se le meneaba bajo la falda. No podía ver bien su rostro. Decidiste que era ella. No recordabas bien su rostro de todas maneras. Decidiste eso y la agarraste. Ella hizo fuerza para soltarse y gritó. Los caminantes los miraban. Él se reía.

Quiso calmarla un poco. Que ya estaba, que era él, ¿no te reconocía? Ella lo miraba en silencio. Si serán putas las mujeres, que hace unas horas nomás andaban con uno y ya ni se acuerdan. No recuerda si lo pensó o lo dijo. Recuerda que eso dolió más que cualquier paliza, que la que acaban de darle.

Y qué pasa, le preguntó ella.

La apretó contra él, la besó fuerte. La lengua fresca de ella se mezcló con la suya, casi dormida. Lo provocaba, lo hacía trastabillar.

Su padre le había contado cuando niño cómo había conocido a su madre. La agarré en un baile y no la solté, le había dicho. Hay chichis que no se sueltan, hay que ser muy zonzo para soltarlas. Hay muchas, pero hay que quedarse con una. Si te quedas con más te agotan el corazón, es demasiado para un solo hombre.

Esa era su madre. Él también se hubiese quedado con una mujer

así.

Esta que tenía agarrada no era como su madre. Pero qué hermosa lengua. Y la cintura. Y las caderas. Pensó en quedársela para siempre, allí mismo, bajo el farol, en guardársela en el bolsillo. Y al resto las soltaría. Agarraría a una o dos, cada tanto, y después las dejaría ir. Todo eso pensó en el beso que habrá durado unos segundos, hasta que ella se soltó y le dijo bueno, como si hubiera escuchado sus pensamientos y estuviera dispuesta a dejarlo hacer. Lo dijo sin alegría, como dice todas las cosas. Quiso llevársela con él.

No puedo, me esperan en la casa, le respondió, y él la acompañó.

Caminaron juntos. La tomó del culo: estaba firme. Pensó en el culo de su madre. Nunca lo había tocado, pero debía ser así, redondo y suave como un durazno.

20

A los tumbos van todos, los peruanos y él, a la esquina de La Esperanza. Siente el golpe de sus rodillas al caer, el sabor metálico de la sangre y el barro, el olor ácido del agua estancada. Oye sus huesos ceder a los golpes. Como si el cuerpo fuera de otro y él estuviera adentro, así siente la desviación de su nariz y el goteo hacia el piso, oye los zumbidos de sus costillas, la carne que empuja hacia adentro sobre la cicatriz que se ganó aquella vez en el mismo bar. La humedad del piso le atraviesa las ropas y le empapa la espalda. Es una especie de alivio. Ve el reflejo de las luces amarillas del bar. Siente que vacían lo poco que tiene en los bolsillos.

Negro miserable, escucha.

Vuelve a pensar en la casa, en llegar a la casa y caer en su mujercita, en despertar por los gritos agudos de la wawa, en tomarse un trago más, posar su cabeza blanda sobre los pechos blandos y dormir.

¿Cómo está la señora?, grita el peruano y se ríe. Un auto pasa y le escupe agua de zanja. Le zumban los oídos, las costillas, la nariz.

Ya, ya está bien, oye al peruano y espera, como si aún faltara el último golpe.

Ahora sí me cobré la deuda, siente que dice. Y no te preocupés por la señora: por el culo no preña.

21

No podía creer lo que veía. Estaba parada delante de la puerta que dejó entornada, con el crío en brazos. Su contorno se recortaba entre la mugre. Ahora se recorta entre las mantas, entre la pelusa, entre los pelos que pierde la Tuca cada vez que se revuelca ahí. Quiso dejarle su cama pero ella se negó, que iba a ser esa noche, nomás.

No podía creer lo que veía cuando entró sin llamar. Su madre estaba preparándole la mema al más chico y no notó el cuerpo de la patrona recortado en la puerta de entrada, Fermín tuvo que llamarla tres veces. Su patrona dio unos pasos. Y cuando se vieron no se saludaron.

Andá para la piecita, le dijo su vieja, y le dio la mema para que se llevara al más chico, y metió a los otros tres ahí mismo, con él. Quería escuchar qué se decían las dos mujeres.

¿Qué pasa con esta, a qué vino?, le preguntó la Meyi, y él la hizo callar. Le encajó al más chico con mema y todo.

Shhh, que se callen todos. La Meyi revoleó los ojos y agarró al menor; los otros dos, los más del medio, jugaban a la pulseada china con ganas de trompearse.

Menos la Meyi, que rajó enseguida, ahora están todos calladitos, repartidos entre algunas camas, algunos colchones y algunas mantas. El pelo de la patrona brilla en la negrura. Tiene olor a fruta de estación. Él debería haber rajado también. Quería buscar a la Yamila para refregarle los piojos que le pegó, para obligarla a que se los sacara con los dientes. Puta hija de puta. Ahora que decidió quedarse rondando, oler el pelo de

su patrona, el bulto no pica tanto, como si ella fuera su alivio. Se acomoda en un rinconcito detrás, entre un resto de mantas y el cemento frío. Boca abajo, presiona el bulto contra el cemento. La mira, toca su trenza, su cuello.

Las dos mujeres hablaban al lado del anafe donde la madre había estado preparando la mema. Majito hablaba despacio. Los pendejos del medio no lo dejaban escuchar bien. Corrió un poco la cortina de la piecita y espió. Su patrona mantenía el mentón contra el pecho y él no entendía si estaba mirando a la guachita, que seguía en brazos, o si estaba llorando. Majito no paraba de hablar.

Callensé, pendejos de mierda.

Después vio que su patrona le daba una plata, no supo cuánto, y Majito se calló.

¿Ya está?, preguntó la Meyi. Le entregó al más chico con mema y todo, y rajó. Los dos del medio ya habían pasado a las piñas. Agarró al más chico de los sobacos y lo sacó de la piecita.

Se cagó, le dijo a la vieja.

Ahora los tres hermanos duermen. Él respira el olor de la patrona, las pelusas de la manta, el sudor de su cuello. Juega con la trenza despacio, con cuidado de no despertarla.

Suelta, Fermín, siente que le dice con la voz suave.

Piensa que esta noche es toda para él, que no quiere pegar un ojo para no perderse un centímetro de ella, del brillo de su nuca, de la pelusa de su piel que se confunde con la mugre del aire.

Suelta ya, le repite.

El bulto presiona cada vez más contra el frío del cemento. La guachita, recostada al lado de la patrona, empieza a lloriquear. Ella bufa y seguramente saca un pecho –no puede verlo desde donde está–, lo acomoda y se lo da.

Unas horas antes vio lo mismo: ella sacaba un pecho por entre su blusa, lo masajeaba, agarraba con sus manos una buena porción de carne y le ofrecía el pezón a la criatura. Y en ese momento le pasó lo

mismo que le pasa ahora: la picazón se volvió insoportable. Estaban todos amuchados ahí, como antes, como cuando la vio por primera vez. La guachita exprimía el pezón con ganas, él veía el movimiento de las manos de su patrona ayudando, y los deditos que se hundían en la carne blanda. Y en ese momento, hace unas horas, como ahora, el ardor fue eléctrico, y tuvo que correr al baño.

Ahora no va a salir corriendo, no quiere perderse por nada el pecho que sale –imagina– de su blusa, se posa en las mantas, se mueve blando al compás de la succión. Mantiene la verga hinchada aplastada contra el cemento. Piensa en las bombuchas que bailan dentro de los baldes con agua los días de carnaval, piensa en las pendejas empapadas, en las remeras transparentes y ajustadas, en los saltitos histéricos.

Entonces la patrona gira, le da la espalda a la guachita, que parece estar dormida, y lo mira fijo: tiene la teta mordida y enorme, desparramada entre las mantas, a centímetros de él. La deja un rato ahí antes de guardarla, como si quisiera que él la mire bien, como si quisiera que la toque. La verga se le hace fuego, calor que se expande y lo hace transpirar, doler, llorar. La patrona guarda la teta y vuelve a girarse.

Corre al baño y se baja los calzones desesperado; ve el bulto hinchado, escamado, agrietado, mordido como el pezón que su patrona acaba de mostrarle. Abre la canilla de agua fría y se moja ahí, se moja la nuca, se lava la cara. Siente el alivio del agua. Cierra los ojos para disfrutar de ese momento previo al ardor. La patrona debe estar durmiendo de nuevo, mansa, el pelo trenzado. Ahora, cuando vuelva, va a recostarse a su lado, entre las mantas y el cemento frío, va a abrazarla por la cintura y va a dormirse ahí, con ella, como si fuera su hombre.

22

Tanto hacía que estaba en cuclillas que las rodillas se le entumecían por la humedad del meo que corría entre sus piernas, caliente, que hacía humo en el pastizal seco, que le mojaba los tobillos, le salpicaba la falda, se estancaba entre los yuyos, hacía lagunas pequeñitas entre las hormigas. Ya le dolían, y el meo no dejaba de salir y no podía cortarlo. Así le pasaba desde que le creció el vientre. No se notaba tanto, pero le había crecido, ella lo sabía.

Cortó el chorro y se fue acomodando la bombacha mientras se enderezaba. Hacía calor esa tarde. Llevaba en su morral un saco con agua para el Aldo, que trabajaba al rayo del sol todo el día, que no podía parar porque el patrón se la tenía jurada. Apuró el paso por el monte; sintió sed, se tragó toda la saliva, trató de no pensar: el agua era para él, y además enseguida le iba a dar ganas de hacer otra vez.

En un trecho ya llegaba la bajada y ahí nomás, con el paso ligero que le daba ese envión del monte, podía ver el campo donde trabajaba su hombre. Cuando hacía ese camino, le gustaba parar un tanto antes, cuando todavía no había bajado del todo, y ver el campo en toda su extensión, la mano haciendo techo sobre los párpados para bloquear el sol seco.

Ella también quería trabajar en el campo, pero el Aldo no se lo permitía. Decía que no era para ella, que el patrón no era de fiar, que a veces estaba de malas. Ella quería trabajar, pero no en las casas de los demás; quería trabajar la tierra. Hacía un tiempo largo ya que la habían

echado de lo de los Ortiz Quiroga, y madre y hermanos necesitaban. El Aldo los ayudaba, era verdad, pero apenas alcanzaba.

Cómo lo quería. Cómo le gustaba verle el pecho desnudo, negro y caliente bajo el sol. Los brazos trabados. La espalda peluda. La panza caída y mojada de sudor. La frente hirviente bajo el gorro. Cómo lo quería cuando pasaba por la casa y le daba la mesada. Madre lo atendía como el rey que era, hasta le cocinaba. Los hermanos se tiraban de los pelos para jugar un rato con él. Ella los ponía en vereda. Ella quería jugar.

Allí estaba, pasando la cosechadora. Ella se quedó esperando que la viera tras la tranquera. Tenía más sed que antes, la boca se le volvía pastosa. La vio. Dejó de hacer el trabajo y se acercó.

Hola, bonita, le dijo y la besó en los labios resecos.

Ella le dio el saco con agua. El Aldo lo empinó como si fuera una chela: hizo fondo enseguida. La besó de nuevo. Ella sintió los restos del agua y se relamió. Quiso abrir la boca todo lo que podía para absorber la humedad de la otra boca. El Aldo se secó con el brazo y volvió a las tareas. Ella se sentó bajo un arbusto. Empinó de nuevo el saco y absorbió lo que pudo. Otra vez tuvo ganas de hacer.

Iban a volver apenas bajara el sol. La vejiga se le hinchaba y sentía cosquillas en el vientre. Se preguntaba cómo podía ser, si estaba seca. Dio la vuelta al arbusto, se acercó tanto al suelo que su mata de pelos duros casi se confundía con las espinas de la tierra seca. Sacudió los restos y volvió bajo la sombra para seguir esperando. Volvía la sed despacio, con el sopor. Dejó de sentir las moscas, el pasto seco que le pinchaba las nalgas. Se le iban cerrando los ojos, escuchaba de lejos los gritos graves de los hombres. Y entonces el disparo y el silencio.

Debo abrir los ojos, se decía. Los párpados pesaban. Últimamente estaba así, cansada e hinchada. Debo abrir los ojos y mirar. Escuchó pasos rápidos y pesados, sentía que vibraban en la tierra. Despegó apenas las pestañas. Llegó a distinguir al Aldo, que corría, saltaba la tranquera, se acercaba. Y al patrón detrás, lejos, en el caballo, con el

rifle apuntando al norte.

Nos vamos, rápido, le dijo. La paró y le apuró el paso. Le preguntaba qué había pasado; el Aldo no respondía, respiraba fuerte. Fueron en subida. Les pesaban el aire, la tierra seca, el monte que fuera del camino se hace salvaje, extraño. Qué había pasado. Estaban cubiertos por los pastizales altos. Seguían subiendo. Después sintieron el envión de la bajada y respiraron mejor.

Duermo contigo unos días; tengo la mesada, tengo más, le dijo el Aldo.

Tenía las manos ásperas de trabajo, los labios cortados en sangre. Llegaron al pueblo y ella no se aguantó y tomó agua del arroyo barroso que lo recorta. Pudo abrir bien los ojos: el Aldo tenía las manos dentro de su pantalón, como si cuidara algo más importante que sus huevos, que su vida.

23

Tiene que pararse. Vencer el pinchazo en las costillas y seguir andando. No olvidarse de respirar –por la boca, que la nariz se cerró en morado– y salir del charco de un paso a la vez. Primero abrir los ojos despacio, despegar la sangre y las lagañas, las lágrimas, y pararse de una puta vez. Tiene que correr. Agarrar sus mujeres y salir rajando. Tiene que hacerlo antes que se sepa lo que pasó. Y qué le dice a Alonso. Tiene que hablar con Alonso porque le falló, y a los amigos se les va de frente, siempre. No tiene la plata y tiene al hombre muerto y el cuerpo tan roto a palizas. Alonso lo va a matar.

Las luces, los ruidos de los autos, los pasitos de las ratas que salpican los charcos, la humedad de la acera y del aire. Se siente preso del cuerpo que pincha. Y tiene que pararse y seguir andando, rápido, hacer las cosas y rajar para siempre.

Se sienta. Sube el torso y siente el ardor en las costillas, el fresco en el culo, la humedad que atraviesa las ropas. Se dice que no es la primera vez, que han sido peores, que por aquí las botas que patean son hasta más suaves, como si en el peregrinaje hacia el sur se hubiesen ablandado. Se le vienen a la cabeza tantas palizas de aquí y de allá, todas superpuestas, como si fuesen una sola. La de estos mismos, aquí. La del patrón, allá, después de que le atacaron el campo y él tuvo que salir corriendo con parte del botín y con la mujer, todo en un mismo brazo. Y, aunque se había guardado bien durante varios meses, el patrón se la tenía jurada –siempre se la tuvo jurada– y lo encontró donde más le

dolía, donde siempre lo estuvo esperando.

Se pone de rodillas. Siente que los huesos van a atravesarle la carne. Se queda un rato así, sostenido por la mitad de sus piernas. Todo su torso se tambalea y casi cae. Apoya las manos en la acera e intenta pararse. Cuenta hasta tres. Concentra toda la fuerza en la barriga. Ahora, a esta altura, le cuesta más ponerse en pie. Ya no eres el de antes, que te levantabas enseguida, que te ponían en pie las ganas de seguir peleando. ¿Son los años los que te pesan, o la panza hinchada de sangría, o la falta de sueño? ¿Cuándo fue la última vez que te echaste en el catre y dormiste de corrido?

Así llega a la casa, que está oscura y cerrada como si nadie hubiese vivido allí en mucho tiempo. Dónde está esta hija de puta, piensa. Cómo me ha abandonado así. Abre el cerrojo y entra. Piensa en esas otras veces en las que entró así, como ahora, hecho sangre, y vio la cara de su mujercita, los brazos enormes, la fuerza que lo sostuvo. Dónde está ahora. Grita su nombre. No quiere estar allí solo y a oscuras, y además necesita otro trago que lo ayude a soportar su propio peso. Saca el licor que guarda bajo el catre y lo empina.

Se tambalea de dolor y de licor, todo junto se le mezcla, le zumba en la cabeza y le da ganas de llorar. Sale otra vez a la calle con la botella bajo el brazo. Van a costar esas cuadras hasta lo de Majito. Tiene la esperanza de que su mujer esté allí. Y si no está al menos va a poder guardarse esa noche. Majito va a saber curarlo, ella va a saber. Los pies se le cruzan al andar. Le cuesta respirar con la nariz tapada por la costra de sangre, con las costillas rotas, con el corazón cansado.

Llega a lo de su hermana. Golpea la puerta, por educación, y se le va con el cuerpo entero hasta que la abre y entra. Grita el nombre de su mujercita, putea. Se sostiene de la mesa. Quiere agarrar sus cosas y rajar. Siente que ya andan buscándolo. Empina la botella. Sigue llamando. Entonces sale Fermín, pendejo metiche, y lo carea. Va a aprender a respetar, piensa, y se le va al humo.

24

Trata de acomodarse el bulto en los calzones con mucho cuidado. Entonces escucha los golpes en la puerta. El Aldo grita el nombre de su patrona, lo grita y arrastra las vocales. Negro hijo de puta, va a despertar a los chicos. Golpea hasta que la puerta se abre, rechina el óxido, vuelve a gritar su nombre.

Cuando Fermín abre la puerta del baño, una vez que acomodó lo suyo, siente el vaho a vino y a cigarro, el olor del cuerpo pesado, podrido, del aliento descompuesto que sigue gritando.

25

Antes, a veces, le pedía que se dejara el pelo suelto. Suéltate el pelo, bonita, le susurraba, y ella tomaba la trenza y la iba desmenuzando eslabón por eslabón hasta que el pelo caía pesado y libre. Ya hace mucho que no se lo pide. Y es más cómodo andar con la trenza larga, gruesa y negra, tener los cabellos contenidos para que no se escurran entre la mercadería. En eso piensa ahora, en ese pedido del Aldo bajito y al oído, cuando eran más jóvenes, cuando no había tienda, ni obra, ni tanta sangre.

Majito también fue. Están las dos. Ya se llevaron a los dos hombres a otras salas para que los doctores los curen. Ella y el Aldo se habían tomado un remís para llegar. Se imagina que Majito y Fermín hicieron lo mismo. Fue difícil, porque ningún chofer quería llevar a un hombre tan mamado y babeado de sangre. Se imagina que a la otra le pasó lo mismo. Al final apareció el renó 12 que a veces los lleva, y entre los dos, el remisero y ella, pudieron postrarlo en el asiento trasero.

Cuando llegaron a la guardia tampoco fue fácil. Al rato cayó también Majito con Fermín, que todavía se sostenía en pie; eso la dejó algo tranquila. Ella apenas podía con su wawa, que colgaba de su espalda, con el Aldo, que colgaba de su hombro derecho. Tuvo que acomodarlo en el piso –se oyó el rebote de la carne en las cerámicas– porque las sillas de la sala estaban ocupadas por otros cuerpos iguales o peores. Y recién entonces, con la wawa balanceándose en la hamaca de su espalda como una bolsa del mercado, pudo empezar a golpear las

puertas de atención y a gritar, porque creía que su hombre otra vez se le estaba yendo en sangre.

La otra mujer gritó con ella, y a esos dos gritos se sumaron los gemidos del resto de los moribundos. Se sintió bien. Hacía mucho que no gritaba. Sintió que todo lo negro de su boca se había salido por fin en ese grito. Entonces aparecieron algunos doctores para preguntar qué pasaba.

Mirá, señor, qué pasa, mirá, decían las dos, y los moribundos les hacían eco. Los doctores les pedían que se calmaran.

Pero no, señor, repetían ellas y movían las manos.

Ya vamos a atender a todos, les decían.

Pero cuándo es ya, señor, cuándo, ¿no ves que se mueren?

Las dos lloraban y pedían por sus hombres como si esas presencias blancas fueran su dios: un aura blanca que todo lo sana.

Vio todos los otros cuerpos postrados, derramándose por las sillas, el piso, las paredes de la guardia. Algunos heridos y otros haciéndose, echados al calor de los tubos de luz. Uno se paró para caminar hacia la puerta de atención. Vio sus ojos rojos, cansados. El hombre caminó un poco de costado, un poco doblado. Debe estar mamado, pensó ella, como se mama el Aldo y a veces llega a la casa así, de costado, y a veces no puede ni caminar, y no es que esté sufriendo dolor ni esté llorando, los ojos quedan así de cansancio, pensó ella, de lo que cuesta enfocar.

El hombre golpeó la puerta de nuevo, como en un último esfuerzo. Cayó hacia adelante, golpeó su cabeza contra la puerta. Majito también lo vio y escondió sus ojos en el pecho de Fermín, que todavía se mantenía en pie. El hombre empezó a temblar en el piso y todos creyeron que se estaba muriendo, chorreaba baba de la boca, del bulto. Majito y ella y todos los moribundos gritaron de nuevo, llamaron a los doctores, golpearon las puertas otra vez.

Vení, señor, vení, por favor, rogaban las dos a su cristo.

Vinieron tres con camilla, subieron al cuerpo en espasmo. Creyó que el Aldo también podía empezar a temblar en cualquier momento.

Cuando se llevaron al casi muerto, los otros siguieron gritando. Los que estaban mejor hacían sonar las sillas, lo que tuvieran a mano. Majito y ella seguían golpeando las puertas y pidiendo por favor. El ruido llamó a dos cabos. Hicieron pum con los machetes, un golpe seco y hueco, e hicieron callar. Tomaron a las dos mujeres de los brazos –sintió el sudor de la mano enorme en su codo–, Fermín cayó despacio, pegado a la pared que le servía de apoyo, las dos lloraron en silencio.

No sabe cuánto tiempo habrán estado así hermanadas, cuánto pasó hasta que se llevaron a los dos hombres, al Fermín y al Aldo. Recién entonces, cuando se fueron en camilla, ella pudo escuchar el grito con que la wawa venía insistiendo desde hacía vaya a saber cuánto.

Ahora la tiene prendida a la teta. La otra mujer está sentada frente a ella, también en el piso.

Hija de puta, le grita cada tanto, ojalá mueras vos también.

Ella no dice nada. Piensa en la muerte de los dos, del Aldo y del Fermín, y se pregunta quién las va a cuidar entonces. La otra sigue amenazando. Ella prefiere rezar por los dos.

Majito calla. Ella disfruta de ese momento de silencio. Quiere reconstruir lo que pasó. Vuelve a la imagen de los dos tirados en el piso de la casa de su cuñada, cada uno desangrándose por su herida, los hilos de sangre trenzándose luego –una trenza larga y negra que el Aldo siempre quería desarmar–. Al primero que vio fue al Fermín: tenía la cara deforme, violeta y roja, se doblaba sobre sí como si también se le hubiese roto algo por dentro. Pero el Aldo estaba peor, nunca lo había visto así, ni esa vez en que le llegó a la casa con la carne abierta escupiendo las tripas. Y quizá todas las malas empezaron esa noche en que también creyó que el Aldo se le iba, piensa. Quizás esta es su forma de morir, y a ella no le queda más remedio que dejarlo hacer.

26

Mientras le siguen los pasos al Aldo, su piba piel de azúcar duerme en su cama, fundida, la cola de caballo desarmada, los párpados cubiertos de esos brillitos acumulados de tantas noches que dale con ser grande un rato hasta que llega Alonso y la pone en su lugar, que para tanta mujer le falta cuerpo todavía, que ya le va a llegar. Y mientras todo esto él ahí, siguiéndole los pasos al negro forro que andá a saber dónde se metió, con el manco detrás como su sombra. Todos le hacen sombra como si él fuera el dueño de todas las cosas. Y podría estar en su casa, en su cama, con esa pielcita que se deshace, almíbar, dejándose llevar por el sueño.

Llegan a la casa del Aldo. El cerrojo está puesto pero abierto. Y mirá que el negro es bruto, pero para dejar todo así expuesto… No sabe si lo piensa o lo dice, porque el Zurdo comenta Habrá pasado algo feo, o algo así, y él piensa lo mismo pero prefiere no decir.

¿Y ahora adónde?, pregunta el Zurdo.

Cruzan la avenida y encaran para lo del muerto, sin saber aún. Pero algo huele Alonso, algo denso en el aire, en los pasillos barrosos que serpentean entre el rancherío. No hay nadie afuera, todo está quieto. Escuchan voces y sienten humo y olor rancio. El Zurdo se acerca a un alero que está en lo oscuro. Saluda. Les toma la birra a los guachos de la esquina, se ríe con ellos, los despeina con el muñón, los sermonea como si supiera cosas. Los pibes desoyen, bufan, hijos de nadie, el cuerpo contra la pared, los hombros caídos, la boca apenas entreabierta para

respirar. El Zurdo lo invita a Alonso con la botella.

Andá a saber dónde metieron la jeta, rechaza Alonso.

El otro se ríe y escupe restos de birra. Alonso ya no tiene ganas de estar parado ahí, con la resaca de los pendejos. Le recuerdan a su hijo, a él mismo cuando mira a su hijo, al Aldo en los ojos simios de su hijo.

Vamos, le ordena al Zurdo y vuelven a caminar, el otro con la botella en la mano.

No llegan a doblar, cuando ven el reflejo azul. Dejan de caminar y espían desde el codo del pasillo. Hay dos patrulleros y algún rati en la casa de Vega, del muerto Vega. Alonso putea sin sorpresa. Vuelven sobre sus pasos despacio, casi contra las paredes de los ranchos, bien en lo oscuro, fuera del reflejo azul que sobrevuela los techos como un aura.

27

Ya no le arde, no siente el pinchazo constante, no siente nada, como si se lo hubiesen cortado. Toca, aprieta para sentirlo. Se lo afeitaron. Siente la piel áspera y el bulto gomoso. Ahora debe parecer todavía más grande, piensa. Ya no tiene esas ganas de arrancárselo de raíz como una mala hierba. Cuando salga va a mostrárselo a la Yamila, va a lucírselo y a demandarle que esta vez no le cobre. Quiere ver a sus hermanos apenas pise la calle. Se habrán pegado un susto, habrán llorado. No los escuchó en ese momento, no escuchó a nadie, solo el zumbido.

Le pincha la costilla debajo de la faja, le late el ojo, no puede abrirlo bien, le molesta el suero que cuelga del brazo. Ahora los oídos vuelven a zumbar, no sabe si por el recuerdo del golpe en la oreja o por los quejidos del otro desde una de las camas, insistentes como los piojos que le podaron.

Cree haber entendido que en unas horas va a poder salir, pero no está seguro, tenía los oídos confundidos, lo distraía el gusto a sangre en la jeta. Seguramente le metieron algo en el suero para que se dejara de joder con tanta pregunta. Porque eso sí recuerda: la pregunta por la madre, el llamado, desde que lo metieron en la camilla y se sintió solo y quiso volver a casa.

Se despertó por los quejidos del otro. Al principio pensó que el otro era el Aldo, que habían sido tan hijos de puta y lo habían metido ahí con él. Pero es una voz vieja, profunda. Es un viejo con el quejido débil y constante, un llanto casi apagado. Abrió los ojos cuando dejó de oírlo y

creyó que ya se había muerto. Quiso verlo y no pudo. Desde que está con él, hace unas cuantas horas, al viejo no lo visitó nadie. A él sí. Cree haber visto a su madre, que ahora se habrá ido a ver a los otros cuatro. ¿Con quién los habrá dejado? Habrán quedado con la Meyi. Habrá agarrado a la Meyi de los pelos, la habrá arrancado de donde estuviera para devolverla a la casa, que había que correr a la guardia. La Meyi se habrá quejado, habrá puteado, dejame acá, vieja conchuda, habrá gritado. Se habrá reído también, la mueca fija en el brazo de la madre que la zamarreaba. Se habrán tropezado sus pies mientras saludaba a los que estaban ahí con ella, apenas habrá podido caminar. Y la madre se habrá convencido de que no les tenía miedo ni a los otros, ni a la Meyi, ni al Aldo.

Quiere girar el cuello para poder ver al viejo, pero su cabeza está inmóvil y no puede ver más que un pedazo de techo: una telaraña que flamea desde la lámpara. Se marea de solo pensar que estará así por un tiempo, se descompone y quiere gritar. Ahora siente que alguien se acerca. Están atendiendo al viejo, que deja de gemir. Grita y al rato se le vienen encima, y todo es blanco.

Ya no tiene ganas de moverse. Escucha ecos, algunas palabras. Vuelve a tocarse el bulto, como un reflejo. Siente la piel rosada, tibia. Por momentos se le cuelan imágenes: la Yamila acercando la jeta, sus tetas aplastadas contra el colchón del catre, su cintura, la trenza en la cintura de su patrona, la voz del Aldo gritando su nombre, su sombra tambaleándose en la cocina, el charco de sangre. Se ve a sí mismo acercándose, le pide que se calle. Se lo ordena en un grito. El Aldo lo mira como si no entendiera. Va dejando rastros de sangre a medida que entra. Sigue gritando el nombre. Quiere pasar a la piecita, pero él se le atraviesa. Ahí le pega el primer manotazo, y él cae. ¿De dónde saca la fuerza si está perdiendo tanta sangre? Él está en el piso, y el Aldo se acerca, lo ve desde ahí abajo, ve su figura ancha y enorme. Le pisa el torso, lo putea. Le punza las costillas, la panza, la cara. Arden los cachetes. Se le viene encima. Ve la sombra de su madre detrás. No

escucha nada, solo el zumbido, el eco del puño en los oídos. Quiere buscar a la patrona. ¿Por qué no estaba ahí también? Después siente gotas de agua fresca. Se le escurren por la boca, se mezclan con su sangre. Y después el Aldo cae sobre él. Cae cansado, borracho. Su nariz pega contra el piso, se ladea, termina mirándolo, una pierna sobre su bulto, que ardió apenas, tapado por los otros ardores; la jeta roja del Aldo, los ojos rojos, el mentón magullado por algún otro y no por él, que lo hubiese machacado con tanto gusto.

28

El Zurdo lo mira. Prende un pucho y se lo ofrece.

¿Y ahora?, pregunta.

Se quedan fumando los dos en una esquina, en el límite con la avenida. Todavía se escuchan algunas sirenas y el reflejo azul rebota sobre el chaperío.

Alonso piensa. Le sube un calor que no entiende, que no sabe si es propio o es el calor de la noche, de la humedad de enero. Se pasa las manos por el chivo y por la frente. Piensa que el Aldo se pudo haber escapado. Que pudo haber agarrado sus cosas, unos pesos, a las suyas, y quizá se haya vuelto para sus pagos, se haya tomado un micro o un bondi para tomarse un micro o quién sabe qué. Piensa en dejar las cosas así y volver a la casa, a la piel rosada que lo espera en la casa. Piensa también en los peruanos, en la deuda que se van a cobrar con él, en la guita, que es suya, que el Aldo debería tener encima. Siente tres espinas en el culo que lo ponen nervioso y tiene que moverse, andar.

Vamos, le ordena al Zurdo. Y encaran para La Esperanza. Cree que ahí va a encontrar alguna respuesta, y si no por lo menos va a arreglar las cosas de una vez, o a tirarlas para adelante, que es lo mismo. El Zurdo lo sigue como un perro.

Ya en la esquina del bar, chapotean sobre un charco de sangre y humedad y meo.

Acá se la dieron a alguno, dice el Zurdo.

No..., si lo tuyo es la investigación, se ríe Alonso.

Se imagina que esa sangre es la del Aldo. Está casi seguro: es una sangre espesa, roja y dura, que no va a diluirse ni con aguarrás, ni va a condensarse con el sol, ni va a transformarse en nube de sangre que llueva sus gotas sobre él, sobre todos; va a quedarse estancada ahí para siempre como un coágulo.

Entran al bar. Se sientan sobre la barra. Alonso pide una botella y saca la billetera. El Zurdo agradece la invitación. Alonso pregunta al mozo por los peruanos. El Zurdo tiene la vista fija en la puerta. El mozo le dice que ya anduvieron, que salieron.

¿Solos?, pregunta Alonso.

Solos no, responde el mozo, que simula limpiar mientras ojea al Zurdo, la mano del Zurdo, su muñón sobre la barra.

Alonso apura el trago y lo apura al Zurdo. Dale, dale, tomá, le dice. No va a dejar la botella que ya pagó. Empinan los vasos, se limpian la jeta y salen rápido.

¿Cambiaron la puerta? La última vez estaba diferente, ¿o será la luz?

El Zurdo sigue los pasos de Alonso, que no le responde, no le dice nada. Tiene mucho que hacer y un último lugar donde buscar al Aldo. Lo que no sabe es qué va a pasar una vez que lo encuentre.

¿Adónde vamos?, pregunta el Zurdo.

Alonso le ordena que vuelva a la casa del Aldo, que se quede ahí montando guardia, y que si aparece lo retenga y lo llame enseguida.

Después vuelve a la casa. Su piba de caramelo sigue en posición fetal, un mechón de pelo le invade el cachete. Él lo mueve con cuidado y lo ubica detrás de la oreja. Se acuesta a su lado, la mira, se acerca. Siente el aliento joven en su aliento. Apenas tiene que estirar el cuello para darle un beso en la frente. Después le da un beso en la nariz. Se cuida de no rozar esa boquita fresca. La piba la frunce.

¿Qué pasa?, pregunta despacio, sin abrir los ojos.

Nada, no pasa nada; dormí, responde él despacio.

Se lava la cara, se mira en el espejo: cuando está cerca de ella se

reconoce de nuevo y le gusta lo que ve. Cierra los ojos y trata de apagar el bulto encendido bajo sus pantalones, caliente por su calentura con él mismo, con ese hombre grande en el que se transforma cada vez que siente esa nariz dulce y el aliento dulce, los labios jugosos y la voz chiquita y vulnerable.

Se concentra y vuelve a la cama. El ronquido leve de la piba lo relaja. Sabe que debería salir a buscar al Aldo por cielo y tierra, reclamar lo suyo, agarrar su guita, un par de bolsos para él y su niña de miel, quizá comprarle una muda de ropa, un par de bombachas para el camino. El aliento fresco lo dopa, lo tumba. Mañana será.

29

No sabía si lo habían dejado al costado o en el medio de la ruta, por si en una de esas pasaba alguna chata y lo aplastaba de una vez como a un gusano. No sabía si ya se habían ido o todavía estaban allí, en silencio, esperando algún movimiento suyo para volver y callarlo, que hasta ese momento no había sido para tanto, que debían estar guardándose lo peor. Eso recuerdas ahora, como si ahora –el cuerpo inmóvil, la faja en las costillas y en el cuello, envuelto en las sábanas blancas del hospital, la mano de su mujercita sobre su mano– esperaras lo mismo, algún tipo de remate.

La única sangre que le chorreaba era la de la nariz; llegaba a la comisura de la boca, caliente y espesa; caía por el mentón. Todavía no se movía; quiso quedarse quieto así, oyendo los movimientos del monte, sosteniéndose el vientre como si el crío que iba a nacerles estuviera dentro de él. Pensaba en eso, en el crío que hacía unas horas, después de la siesta, le había dicho que iban a tener los dos, él y su chichi, que ahora iba a ser su mujer. Ella tenía los ojos hinchados, la carne hinchada, como él ahora, y no le dio tiempo a despertar cuando le dijo, así nomás, que no sabía cuándo pero en unos meses les nacía. A él también, a los dos.

Miró a los costados: de un lado la ruta serpenteaba, del otro el pastizal se alzaba en lo oscuro. Se tocó el cuerpo: no había más sangre que la de su cara, que ya empezaba a hacer costra, y el dolor agudo de los huesos, que crujían. Acarició su vientre y pensó en los gusanos como

él, y como su padre y el padre de su padre. En los gusanos que se hacen espacio entre la carne y comen y crecen y salen como expulsados de tan gordos, salen y revientan. Pensó en todos los niños que conocía, de todas las edades. En lo que sus padres hacían con ellos: arremolinarles la cabeza, reírse, darles una huasca de vez en cuando para que aprendan.

Y, apenas le había dado la noticia, ya tuvo ganas de salir corriendo. Entonces se vistió y agarró del botín y rajó, y llegó adonde estaba ahora. Aunque tenía que guardarse un tiempo, quiso venir al boliche del Romo y despedirse, porque ya había resuelto que se iban a marchar los tres para no volver.

Tenía que guardarse, y se quedó con su mujercita. La madre lo miró bien feo, pero él le adelantó la mesada y se le pasó enseguida. Y los niños de esa madre le corrían alrededor y él se cansaba del juego, del olor del catre que compartía con su mujercita, del olor de la piel de su mujercita que, preñada, latía más. Estaba cambiada, andaba con más ganas, con más fuerza, con más carne. No lo notó entonces pero se estaba dando cuenta ahora que sabía. Y a él le gustaba así, pero no todos los días. Es mucho para un hombre, pensaba; empacha y es peor que la resaca.

Tuvo que irse de la pieza, de la madre, de los hermanos de su mujercita, y el primer aire fresco que sintió en la cara lo hizo sonreír. Tomó una bocanada que le bailó por todos los huecos de la boca. Tocó los bolsillos del pantalón: tenía una buena parte, con eso le sobraba. Llegó a la ruta. Caminó un buen trecho. Las luces de los coches le hacían sombra. Se divertía mientras se estiraba sobre el asfalto.

Cuando llegó a lo del Romo, sacó un fajo de billetes y entendió que con esa carta de presentación no tenía por qué golpear. ¿Dónde están mis bebas?, decía a los gritos mientras agitaba los billetes delante de su pecho. Esta vez quería a la Chilena. Esta vez podía a la Chilena. ¿Dónde está mi chilenita?, gritó bien fuerte y con el castellano bien clarito para que la otra no se hiciera la sorda. Le tiró un billete a una para que fuera a buscarla.

Pidió una chela en la barra y se sentó a esperar. Encendió un cigarro.

Tantos años, le dijo el Romo. Andan buscándote, amigo.

Él sabía eso, y sabía también que quizá no era buena idea estar allí. Pero qué ganas de tocar unas piernas más suaves, más largas que las de siempre. Qué ganas de meterse en una concha espumosa y perfumada. Y entonces se apareció la Chilena, alta y blanca, cubierta con un batón.

Muéstrame lo que tienes, le ordenó.

Él empezó a desabrocharse.

No seas huevón, le dijo, muéstrame.

Él se sonrió y le tiró el fajo a los pies. Mientras la Chilena se iba agachando para agarrar lo suyo, el batón se le resbalaba de la piel luminosa. Ya desnuda, con toda la espalda veteada de lunares, dio media vuelta y con el culo lo invitó a seguirla. Él era un niño con un chiche nuevo. Y ella era más hermosa que su madre.

Cuando empezó a seguirla, ahí nomás y sin esperarlo, se le atravesó el patrón. Habrá entrado despacio, a paso de gato, para no llamar la atención. Se le atravesó y le dijo vienes conmigo. Él quiso zafarse. Vamos, le dijo, y le hizo tenaza en los hombros. Él resistía. Había pagado y le correspondía.

No, patrón, le dijo, la Chilena me está esperando y ya he pagado.

Lo miró a los ojos. El otro también lo miró. El Romo se paró detrás de él. Traidor.

Habíamos quedado en que aquí no, le dijo el Romo al patrón, que asintió con los ojos.

Pero ese día en el campo del patrón no había sido él. Él aprovechó su suerte, pero no los conocía, no tuvo nada que ver con eso. Siempre se la dan por algo que no hace. Le habían atacado las tierras al patrón, los animales, todo el rancherío. Entraron como si estuvieran en su casa. Le amenazaron a la familia, y el patrón tuvo que entregar lo que tenía. Los peones estaban lejos, haciendo las tareas. Entonces vieron motocicletas que venían, daban la vuelta y salían por el otro lado. Estaban cargando

la ganancia y se les cayó un buen fajo. Los peones lo vieron y no supieron qué hacer. Al rato salió el patrón montado y empezó a disparar. Como un reflejo, él agarró el fajo y corrió hacia la tranquera. Qué iba a hacer. Los otros lo señalaban. Saltó la tranquera y vio a su mujercita. Se había olvidado que estaba allí esperándolo. Corrieron los dos.

¿Qué habrá pasado con los otros?, se preguntaba ahora. ¿Qué habrá hecho el patrón con los otros peones que se quedaron congelados mientras él corría con el paquete y la mujer, todo bajo el mismo brazo?

Él no había sido. El patrón creía que sí y se sentía traicionado. A veces uno hace mal, pero no es mala fe, pensaba mientras tocaba su panza, que colgaba desacomodada a patadas, y lloraba, no porque quisiera llorar sino porque no podía evitarlo.

Él había querido explicarle. Yo no fui, patrón, decía mientras las patadas de tres o cuatro insistían en quebrarle el cuerpo entero, allí en la soledad de la ruta, con el mismo viento seco que ahora le estaba haciendo costra la sangre. El patrón fumaba.

Vas a devolverme todo, le dijo, cada centavo, mañana mismo.

Él ya no podía responder, los intestinos se le querían salir por la boca.

Vas a devolverme lo mío, porque voy a llevarme lo tuyo, a la china esa, a todos los que conozcas.

Entonces dejó de sentir: solo el fresco de la luna, el canto de los grillos, el movimiento suave de las espinas del monte.

30

Ve a su madre hablando con el médico. No escucha lo que dicen. Todavía siente ese zumbido en los oídos. Mira hacia el costado: el viejo ya no está. Se pregunta cuánto habrá cambiado todo desde que se durmió hasta ahora. Se pregunta cuánto habrá cambiado su cuerpo, todo su cuerpo, en esos días de internación: no solo la verga, que ya no pica, ni las costillas inflamadas, ni el dolor que punza como el pus. ¿Será más alto ahora? Hace dos días que está acostado y no puede medirse, y no puede medir lo que estuvo pasando a su alrededor: la muerte del viejo en su cama, a pasos de él, el silencio de la patrona, el llanto de la madre.

Su vieja habla con el médico y le sonríe. Tiene los ojos hinchados. Seguro que no pega un ojo desde que están ahí. ¿Y los hermanos? ¿Estará la Meyi con ellos, o se habrá hecho la boluda, como siempre? Ya no soporta más la cama, ni el hospital, ni la muerte. La madre se acerca y le dice que ya se pueden ir, que unos minutos más y se van. Tiene mal aliento.

Fermín se pone contento. No ve la hora de volver a la casa, de ver a los amigos, de irse de joda. No ve la hora de cruzarse al Aldo y devolvérsela. Está saboreando ese momento como un premio.

A ver, chiquito, le dice la enfermera.

Lo sienta despacio. Se marea. Ve la ventana de la habitación por primera vez. El hueco sucio por el que se filtraba la luz que lo despertaba a la mañana. Ve la cama vacía del viejo, las sábanas

manchadas y revueltas, se habrá muerto hace poco. Ve otras camas, con otra gente, en la misma habitación. Él pensaba que solo habían sido dos.

Derechito, quedate derechito, le dice la gorda.

Lo levanta y hace con él lo que quiere y a él no le importa. Tiene manos gruesas, como de hombre. Seguro que con esa no se jode. Va desenvolviéndolo. Siente el aire fresco en la panza. Siente otra vez su olor. La enfermera lo limpia. Sus manos torpes duelen un poco. Se queja. La otra lo mira:

Ya está, ya está, dejá de llorar.

Tiene ganas de matarla. Agarra otras vendas y lo envuelve de nuevo, toda la panza vendada como si tuviera todo roto. Pregunta si es necesario, que ya no duele tanto.

Te tenés que quedar en reposo en tu casa, ¿sí?, tranquilito en tu casa unos días, ¿sí?

Sí, señora, claro, escucha a su madre. Le habla como si fuera la doctora.

La madre lo ayuda a bajar de la cama. Le pone una campera sobre los hombros.

Si hace un calor de cagarse, dejá, le dice él.

Se muere de ganas de preguntarle por el Aldo, pero sabe que lo va a sacar cagando y no tiene ganas de soportarla. Se muere de ganas de ver a su patrona. Se apoya despacio en el hombro de su madre. Salen de la habitación, le dice que tiene que ir al baño.

Quiero ir solo, le dice.

No, te acompaño, ya escuchaste a la señora.

Dejame solo, le repite un poco más fuerte.

Después no me vengás a llorar, dice la madre por lo bajo, las fosas nasales expandidas, los ojos desorbitados.

Va por el pasillo despacio, una mano en la venda de las costillas, la otra tanteando las paredes blancas. Mira dentro de cada habitación que puede. Piensa en su patrona, en su trenza, en sus tetas derretidas en leche, en la cintura que se fue ensanchando desde la primera vez que la

vio, que ahora es todo un mundo con un ombligo hondo, con una pelusa suave. Entonces la ve al final del pasillo, con la criatura que cuelga como una mochila. La ve y quiere apurarse para alcanzarla, que no se le escape. Los huesos duelen cuando apura el paso. Es un dolor soportable. Ve que agarra a su niña, se apoya contra la pared y la hace mamar. Sabe que le queda un buen rato. Vuelve al paso normal, disfruta de esa imagen.

Para cuando llega a ella, el crío ya tomó de los dos lados y las tetas se arrugaron, vacías, y pendulan un poco más. La mira por todos lados, no le alcanzan los ojos. Ella sonríe.

Veo que estás mejor, le dice.

Él le pregunta por el Aldo.

Le queda para unos días más, pero va a estar bien.

Siente en su aliento el mismo olor de antes, el mismo dolor: los dos huecos negros que le dejó su hombre. Mete las manos en el bolsillo del pantalón, que tiene puesto hace una semana: todavía está el diente de oro que se guardó como un suvenir.

Mira dentro de la puerta que está al lado de su patrona. Ve al Aldo acostado: el cuello ortopédico le impide el movimiento, las costillas también vendadas, una pierna enyesada desde la rodilla. Le quedan unos días para recuperarse y después volver al barrio, a la tienda, a su patrona.

Toca la cabecita del crío. Es tan chiquita que teme romperla. Le da un beso en el cachete a su patrona.

Te veo en la tienda, le dice.

No, cuando estés mejor, le responde con ese tono suave y seco del trabajo.

La niña hace provecho y vomita algo de leche en el hombro de su patrona. Él le da su pañuelo para que se limpie. No le importan ni el dolor, ni las vendas, ni su madre. Va a ir a la tienda mañana mismo, aunque sea para sentir el olor de la patrona entre los cajones, en las sábanas revueltas de su catre.

31

Ya no soportaba estar en el hospital con su hombre postrado en una cama; su wawa a grito pelado, tan pequeñita y expuesta; su cuñada un par de habitaciones más allá, acusándola; Fermín, su muchacho, postrado también. No sabía adónde ir. Habían corrido de la casa de Majito al hospital, y cada vez le quedaban menos reservas: le había dado una buena parte a su cuñada para que la dejara pasar la noche en su casa. Hacía una noche, nomás, no podía estar sola, y ahora ya no soportaba, no veía la hora de la soledad: una soledad del mundo grande, para ella y su wawa, que las abarcara a las dos.

Al Aldo le pincharon el suero con droga para el dolor. Eso lo tumba. Así que aprovechó para salir del hospital sin que nadie la reclamara.

Cuando llega a la casa, ve el cerrojo abierto y trata de recordar si en el apuro de la salida no habrá olvidado echarle llave. Tiemblan las piernas, no quieren dar el paso adentro. Pasa su lengua por la encía. Los dos huecos duelen ya menos, como el dolor de las cicatrices. Le gustaría llenarlos cuanto antes. Se asoma con la wawa en su espalda, dormida. La puerta chirría. Ve todo normal, como lo dejó, salvo la botella en el piso y un par de cajones desacomodados, como si alguien los hubiera corrido en su paso. Debe haber sido el Aldo. Debe haber pasado por allí antes de todo lo demás.

Con la wawa montada a su espalda, acomoda un poco la tienda para abrir. Hacía rato que la tenía descuidada por una u otra cosa, y la mercadería puede echarse a perder, y la clientela puede dejar de

comprarle.

Hace unos años, cuando recién habían llegado y todavía no habían puesto la tienda ni vivían en la avenida, el Aldo y ella pelearon feo. Ella trabajaba limpiando –recuerda el olor de las baldosas de las casas, el pliegue de su panza vacía y aspirada, cada vez que se agachaba–, él buscaba trabajo todas las mañanas y no volvía hasta la noche. Era todo difícil. Un día le pidió dinero y ella se lo negó. No era que no lo tuviera: era poco y había prometido mandar algo a la madre y a los hermanos, y con lo que quedaba tenían que vivir. Él la agarró del brazo, apretaba cada vez más –la pinza de sus dedos cortó el paso de la sangre–, gritaba. Ella gritó también, quiso zafarse. Entonces no sabe cómo, si por un mal movimiento o qué, terminó con el puño del Aldo en la jeta y se le desprendió un diente del costado, pequeño como una perla, y cayó a sus pies, a la vista de todos, de Majito y los chicos, de todos en la casa. Cayó con un hilo de baba roja que no quería desprenderse. Después se hizo un silencio espeso y el Aldo salió. Habrá juntado flores por ahí, porque volvió con un ramo silvestre todo para ella, y no le alcanzaban las manos para sostener todos esos perdones. Ella no supo qué hacer. A veces no sabe qué hacer con él ni con su wawa, pequeñita como un repollo, que le vino de regalo después, cuando pusieron la tienda.

Pasa a la piecita para recostar a la wawa y cambiarse las ropas, que las siente ya pegadas a la piel. Se queda helada cuando ve al hombre ahí echado en su catre. No lo conoce, aunque quizá lo haya visto alguna vez. Debe haber hecho algún ruido, porque el hombre se despierta y se sienta sobre el catre de un solo movimiento. Le falta la mitad de un brazo. No es ninguno de los que estuvieron hace dos noches. El hombre se para, se acerca con la mano en cruz sobre los labios, despacio, como si ella fuera un cachorro asustado. Le envuelve el cuello con el brazo y le tapa la boca con fuerza. La wawa empieza a berrear. Ella moja su bombacha.

El hombre le pide el teléfono. Ella lo señala, ahí en la tienda, que está abierta. El otro se asoma.

Tenés gente, le dice casi en un susurro. Andá, sacátela de encima y cerrá. Calladita.

Saca a la wawa de su espalda y la ubica cerca de su pecho para que se calme. Siente que así está más protegida.

Señora, le dice a la clienta, con la mirada baja para que nada se le note, ni el hueco de su boca, ni los silencios.

Un montón estuve esperando, dice la señora, y empieza con la lista.

¿Qué más?, sigue preguntando ella y cobra y le da el vuelto, maniobrando todo con una mano –la wawa que solo se calma al oler la teta– como el manco que la mira desde la piecita. Tiene que pensar dos veces cuánto es. Busca los billetes en el bolsillo del delantal que no llegó a ponerse. Ahí suele dejarse algunos que después le da al Aldo, cuando le pide. El resto de lo que hace en el día lo guarda en el ladrillo hueco del baño. Así aprendió a hacer desde aquella vez, porque necesitaba juntar también para rehacerse el diente. Ahora debería hacer lo mismo. Aquella vez fue con el que le había recomendado su cuñada, y como le alcanzaba también se bañó en oro otros tres, para que estuvieran más fuertes, para que brillaran como el sol. No le sirvió de mucho –piensa ahora–, si ya se le cayeron dos y quizá vayan a amputarle otro hoy también, quién sabe.

La clienta sale y la puerta está abierta y la luz afuera. Sigue hablando como si la señora estuviera allí, como si estuviera atendiendo a más gente. Se va acercando despacio a la salida para que no la delate el volumen de su voz. Llega a la puerta y siente el brazo del hombre, que la toma por la cintura.

Cerrá, le dice.

Saca la llave del bolsillo y cierra. Le tiemblan las manos y la bombacha se moja un poco más. Todo se oscurece. El hombre agarra el teléfono. Ella se coloca de espaldas a él, saca una teta y le silencia a la wawa el llanto que está por largar.

Tengo acá a la señora, escucha que dice el hombre. Sí, sí, te esperamos los dos. Ahora le está dando la teta a la hija. No, qué voy a

tocarla: soy limpito yo.

Y después de tanto juntar y esconderle al Aldo pudo abrir la tienda y llenarse los huecos, que ya no duelen ahí, en la sangre, pero duelen más adentro. Si ahora estuviera por llegar Fermín, las cosas serían diferentes, y no tendría tanto miedo. Pide a su diosito que lo cure pronto y que vuelva a ella, a la tienda. Pide también por ella y por su wawa, pide que le saque todos los miedos y le rellene los vacíos con oro, con cosas doradas y brillantes como el sol, cosas que duelan en los ojos de cualquiera que la mire.

El hombre de la casa. El sol que iba envolviendo todo, ganaba el monte y se ubicaba arriba, sobre las cabezas de los peones. Él, niño, cerró los ojos un rato. Luego vio a su padre surcando la tierra –el brazo negro bronce haciendo fuerza–. Vio sus propios brazos niños levantando, haciendo otra fuerza. Oyó al padre:

Aldo, venga aquí.

Olió al padre, el aliento rancio. Vio acercarse al patrón, sombrero de gringo. Era una sombra patinada por la luz nueva del sol. Vio a su padre ver al patrón, secarse con el antebrazo el agua de la frente.

Aldo, vaya con la señora, le ordenó el gringo, y él corrió con la patrona.

Le gustaba más eso: estar a la sombra con la patrona sacando dulces de las frutas pasadas, jugar a la pelota con los hijos de la patrona, pocas veces, muy cada tanto. Se les había pasado la hora así. Ya el sol volvía a caer sobre el monte. Volvió a ver al patrón: se sacó el sombrero para entrar en la sombra.

Vamos, fuera todos, dijo.

Corrió con el padre, pero no estaba. Los peones tomaban agua, se echaban agua encima, se preparaban así para salir. Él salió con ellos, caminó con ellos ese tramo del monte. Después tomó su camino. No los saludó, no lo habían notado allí, minúsculo entre ellos. Llegó así a la casa, volviendo el camino que hacía todos los días con su padre, casi guiado por el olor rancio del hombre de la casa, del hombre echado

sobre un banco de la casa, dormido, la botella vacía y el olor: lo primero que sintió cuando abrió la puerta.

Las luces son cada vez más blancas, le patinan por los brazos y las piernas, se le confunden con los sonidos, como si tuviera invertidas las partes del cuerpo, como si la respiración le saliera por los ojos, y todos los olores. El de su madre, a quien apenas conoció. Qué puede saber él. Estaba ahí, prendido al pezón de su madre, áspero y húmedo, brotado de leche. Su madre sentada en el piso, pelando cebollines para la sopa –el olor ácido de los cebollines–, y él parado a su lado, prendido de la leche; tenía hambre. Agarraba la teta con las dos manos. Se las miró: de pequeñitas no llegaban a cubrir esa inmensidad furiosa. Chorreaba la leche por sus comisuras, bajaban gotas a su panza. Cuando se terminó, dio la vuelta y siguió tomando por el otro lado. Habrá sido esa la última leche que le mamó. Cuando tuvo hambre de nuevo, o el recuerdo del dolor de panza, no había nada, ni cebollines ni nada. Una nostalgia dulce y él, y su padre: Aldo, venga para acá, vaya para allá, cállese le digo, deje de llorar, no sea maricón.

Y lo atraviesan los ruidos, se le incrustan las palabras de la gente que habla, que está toda ahí, en la misma habitación que él. Son voces gruesas y estiradas como chicles, como la voz de su padre, como su propia voz, como la voz del hombre al que mató. Ese sí que no se te quita más, se te metió adentro y lo llevarás ahora también, ahora que te viene la muerte. A ese y a los otros, a los de la ruta, cuerpos sin rostro tirados ahí, como esperando que los pasaran a buscar. Y era de noche y él andaba por la ruta que surcaba el monte, volvía de lo del Remo, después de los tragos en los que había invertido casi toda la mesada, y el bigote empapado de ese olor a concha fresca. La noche del monte, bien tarde, y los cuerpos muertos ahí al costado, y tratar de que los gendarmes no lo miraran, y no mirar, prestar atención más bien durante todo ese trecho a los cordones de los zapatos que apenas pisaban, que apenas dejaban huella al lado de las huellas de las botas sobre el pastizal, al lado del ruido que hacían las botas cuando quebraban las

espinas.

Deja de sentir la mano que había estado sosteniéndolo. Lo soltó y él cae. Debe ser la mano de tu mujercita la que ya no está. Tuviste que quererla tanto. Y ahora se te vienen los días. Y eso también te llevas: los días y las caderas anchas por las que pasarían tantos críos si tuvieras la posibilidad de hacerlos. Pero ya no, piensa. Solo una, o dos. Uno que salió muerto y la otra que debe andar por allí cerca, oliendo su muerte. ¿Llorará tu muerte? ¿O su berrido continuará, como un reflejo, el de la madre? ¿Llorará tu mujercita, la mano que te soltó y ahora te hace caer? Ve su cintura, sus caderas anchas, su pelo negro en trenza, como una soga fuerte de la que agarrarse, su voz chiquita, sus manos suaves. Giraba su rostro y la trenza hacía un vuelo, como una falda, como las faldas largas en las fiestas. Se reía y había como luces pequeñitas en el aire, juguetonas, y él se quedaba allí quieto, como si hubiese visto a dios. Cuánta fuerza habían necesitado para hacerle lo que le hicieron, si él apenas podía sangrarla con toda la fuerza de sus brazos, que era tanta por el campo, por las malezas del monte. Si él apenas podía ponerla fría con toda su rabia, cuánta habrán tenido los otros para sacarle tantos moretones, para bajarle los dientes, si él había necesitado tanto valor y tanta rabia para sacarle uno solo una vez y nunca más, cuántos habrán sido los otros, cuánta fuerza habrán acumulado. La teta caída y chorreada de su mujercita, como la de su madre, la piel áspera de los pezones, la boquita prendida como un botón; los ojos negros, párpados abajo, la mirada tibia. Ya no quiere pensarla, no quiere que la sangre se le acumule ahí, que lo calienta más que la Chilena, más que Matilde, más que su madre. Quiere que la sangre se le vaya despacio, que se pierda en gotas, con cada bocanada de aire. Y la concha espesa, gruesa de su mujercita, una concha fuerte para soportar su verga fuerte y hombre: dios los hizo el uno para el otro.

Y Alonso, que se encarga de todas las cosas, Alonso habrá podido resolver su tema, habrá podido poner a tu mujercita y a tu wawa a salvo, ahora que te vas y quién les queda, tanto hacer lo que debías, hombre de

la casa, y al final quién les queda.

33

Antes de ir a su casa para dormir en su cama, Fermín pasó por lo del Chaja para tomar un poco, para no sentir tanto el cuerpo; bailó con las pibas, se rieron de él y él se enojó, puteó; todos le perdonaron todo porque era un sobreviviente, porque todavía tenía las vendas y el labio roto y el ojo en compota. Antes de ir a lo del Chaja su vieja gritó, le prohibió, que tenía que quedarse le dijo, lo agarró del brazo, que también dolió un poco, lo puteó, lo comparó con su padre, le dijo que iba a terminar muerto como él. Antes de despertarse como está despierto ahora, en su cama, la resaca detrás de los ojos y el dolor en los huesos, visitó a la Yamila. Todos los amigos lo acompañaron, dijeron que lo invitaban: el regalo por haber sobrevivido, el regalo por volver. Antes de volver a meterse en la Yamila le dijo puta piojosa de mierda, y le mostró el bulto afeitado, con los pelitos apenas crecidos, que volvían a picar, pero ahora de una manera más liviana. Y la Yamila le dijo que bueno, que esta vez invitaba la casa, y él se guardo lo que habían juntado los amigos.

Lo despierta el griterío de los hermanos. Abre los ojos en el colchón, mete la mano en el bolsillo del pantalón que no pudo sacarse porque llegó y se desmayó: está la guita que se guardó. Mete la mano en el otro bolsillo: siente el diente de su patrona, se había olvidado, pero ahí está, chiquito y filoso y duro como una bala. Se levanta con todos los dolores. La madre está sentada a la mesa, no lo mira.

Me voy, le dice.

Majito grita de nuevo, todo de nuevo. Se acerca y lo agarra del brazo de nuevo. Él se suelta. Está cansado de sus pelotudeces, y encima todos los dolores juntos.

Dónde está la Meyi, le pregunta, por qué no la vigilás a ella, mejor, que esa sí va a terminar muerta, culo pa arriba, esa sí.

La vieja lo agarra de nuevo. Él la empuja y la tumba, termina en el piso.

Va caminando a la tienda. Es tarde, como siempre; se le hace tarde y entonces la patrona lo mira mal y él se siente un gil. Llega transpirado, costó tanto caminar así, medio roto. La tienda está cerrada y él no tiene la llave del cerrojo, ni el alambre para forzarlo, ni nada. Golpea la chapa de la puerta. No se escucha nada, ni al crío. Seguirán en el hospital. Putea por su pelotudez, por no tener la llave, por no poder abrir. Piensa en la cara de la patrona, en la mano que le daría si pudiera abrir la tienda y juntarle unos mangos después de tantos días. Piensa en sus ojos agradecidos, su cuerpo agradecido cuando volviera, en algún momento del día, y se encontrara con su negocio andando, con él llevándolo adelante. Pega la oreja a la puerta. Cree sentir movimientos, susurros del otro lado. Vuelve a golpear. No pasa nada. Debe seguir en el hospital, con el Aldo.

Corre hasta el galpón del Zurdo. No quiere perder un minuto. No puede dejar que le den el alta: cómo hace entonces, dónde lo encuentra. Llega al galpón y también está cerrado y golpea desesperado pero nadie responde, como si se hubiesen puesto todos de acuerdo: el universo todo conspirando en su contra, trabándole los planes. Pasa por lo del Chaja. Él sí está, él sí es amigo. Saca la guita que le dieron los pibes y que al final no usó.

Tengo que hacer un laburo, le dice. ¿Qué me podés conseguir?

El Chaja no es de esos, él sabe, pero también sabe que por la guita baila el mono y algo le va a inventar. Además es pichón de rati y conoce, se mete un poco en la mugre y conoce.

No mucho, eh. Con eso me meto en quilombos gratis, nomás.

Revuelve los bolsillos y saca el diente. Es oro puro, le dice.

El Chaja lo agarra, lo mira bien, como si fuera un joyero. Linda pieza, le dice, si no es bueno te voy a buscar, eh.

Lo deja parado en la puerta y cierra. A Fermín le tiemblan las piernas. Teme por un segundo que el Chaja no vuelva más. Respira cuando abre de nuevo. Le da una bolsa de Coto. El chumbo se transparenta.

Este no lo usa más mi viejo, tiene un par de balas, le dice el Chaja.

Él lo abraza, le dice cosas. El otro lo calla: No quiero saber, no me importa, nunca nos vimos.

Fermín pesa el chumbo en sus manos. Una sola vez había sostenido uno, pero jamás había disparado. Lo guarda bajo la remera, en la cintura, y tira la bolsa.

Ojo, cuidate, escucha que dice el Chaja antes de cerrar.

Toma el bondi. Trata de esconder el chumbo lo mejor que puede. Lo toca por sobre la remera. No está seguro de que vaya a poder usarlo, pero tiene que intentarlo. No por él. Él ya no importa. Siente una especie de calor en el cuerpo, se olvida por un rato del dolor, es un calor dulce. Se siente invadido por una luz, poseído por todo lo bueno. Nunca se había sentido así. Baja en el hospital. Acaricia el chumbo –no quiere perder el contacto– mientras camina por los pasillos. Teme encontrarse con su patrona; tendrá que esperar a que lo deje solo en algún momento, a que salga para llorar, para dar de mamar, para espabilarse.

No hay nadie en la habitación. Solo el Aldo en la cama, el cuello ortopédico que lo inmoviliza, las vendas en todo el torso, el suero. Lo mira un rato largo, parece dormido. Saca el chumbo y dispara una vez, y enseguida otra. El resto de los rotos empieza a gritar ahí, en sus camas, y él sabe que tiene que correr, sabe pero no puede. Le tiemblan las manos, las piernas, la mandíbula. Empieza a sentir frío y no puede rajar. Quiere ver la sangre a través de las vendas, la sangre en los ojos, la sangre chorreando despacio, como chorreaba la boca de su patrona, la teta de su patrona en la boca del crío, espesa como la baba de la niña,

como la sangre de los que bien muertos están.

34

Estaba haciendo tostadas cuando sonó el teléfono. Se había levantado temprano, no había podido dormir bien. El aliento dulce de su chica lo desvelaba, lo hacía respirar profundo y lo dejaba como en un letargo. Y después volvía, miraba los ojos cerrados, el mechón de pelo rebelde que se le posaba en el cachete, la nariz, los huesos del hombro. Entonces no le costó levantarse y preparar las tostadas para que tuviera un buen desayuno, que no debe tenerlos en la casa, pensó.

El timbre del teléfono lo sobresaltó: se acordó del Aldo, de que tenía que seguir buscándolo; de su prima, ¿se habrá dado cuenta de que le faltaba la hija? Se acordó del Zurdo. Era tan temprano para que el Zurdo llamara. Atendió y le dijo que tenía a la señora. Ella lo iba a llevar al Aldo. Sintió el olor a quemado del pan, le dijo al Zurdo que ya iba para allá y cortó.

Fue a su pieza, se cambió y se acercó a su cama. Acarició el mentón de la piba, susurró su nombre.

Arriba, chiquita, le dijo.

Ella abrió los ojos y se desperezó. Eso recuerda ahora: el movimiento suave de sus brazos y su cintura en su cama, entre sus sábanas. Ahora entra en la casa del Aldo, y la mujer se le viene encima asustada como un pichón, los mira a él y al Zurdo y suplica, la beba en brazos.

Tranquila, le dice Alonso, si lo mandé para cuidarte, no te pongás así. Ahora vamos con tu marido, ¿sí?

Se pregunta cómo hizo el negro feo ese para agarrarse semejante mujer, para que le diera un crío, para tenerla todavía al pie del cañón, a pesar de todo y de todo lo todo a lo que puede llegar el Aldo, a pesar de la miseria, de esa casa y de esa tienda mugrosas, de todo lo que le pasó. La toma de los hombros y la acaricia –los hombros huesudos de su chica antes del desayuno, en el desayuno, desparramando la manteca en las tostadas–, la consuela con una lástima que no entiende, como no entiende tantas cosas.

Está en el hospital, le dice ella. Él asiente como si siempre lo hubiese sabido.

Salen de la casa los tres. Él, bien cerca de la mujer, que aprieta a su crío contra su pecho y llora, no deja de llorar. El Zurdo detrás, como la sombra de los dos.

Piensa en ir a buscar el auto a la casa para llegar más rápido pero, si va a volver, prefiere ya agarrar las cosas y la piba y salir de nuevo, rápido, sin tanto preámbulo. Van y buscan el mismo remís que llevó al Aldo hecho sangre. La mujer se sienta entre él y el Zurdo. El chofer los mira por el espejo retrovisor.

¿Cómo está el hombre?, pregunta.

Capaz lo tienen que apretar al Aldo para que largue la guita. Capaz en el hospital le afanaron la guita, capaz se la gastó, no la tiene. Apenas lleguen, tiene que sacarse a la mujer de encima.

Alonso responde que bien, bien: la mujer ya no llora, pero solloza con la mirada baja, fija en su niña –el cuerpo de la piba bien cerca de su cuerpo, pecho contra pecho, el cachete sobre su hombro y sus piernas flacas y huesudas rodeándole la cintura–.

Allá en su casa, hizo las tostadas, la leche chocolatada, tomó dos mates. La vio desayunar rápido, con hambre de días. Pensó que no iba a alcanzar. Devoraba. Era un hambre hermosa. Y él se tenía que ir a resolver estas cosas de una vez. Y después volver por ella. Le dio un beso en la frente. Enseguida vuelvo, le dijo. Cerró la puerta con llave cuando se fue: prefería que su chica lo esperara, que nadie más que él pueda

entrar en la casa para buscarla.

35

El aliento rancio de la mañana y el de las noches, rancio y seco y arrastrado como una babosa, el aliento de babosa de casi todos los días, parecido al que tuvo ella aquella vez en que él le descolgó un diente de una trompada, parecido al que tiene ahora que le descolgaron dos y con todo esto no tuvo ni tiempo de ir a ponerse nuevos, y encima lo poco que tenía guardado en el ladrillo del baño, que era para esas cosas, para las emergencias, una parte de lo poco tuvo que dárselo a Majito para que la dejara quedarse una noche con ella, con el Fermín y los chicos, que tenía miedo. Y ahora Majito la odia, y ahora no importa cuánto miedo ni cuánto dinero tenga no va a dejarla pisar su casa nunca más.

El aliento rancio del Aldo, que era todo su aliento, cuando se acercaba a su cara despacio, la boca entreabierta, los labios resecos, y el beso húmedo en el cachete, y las manos en la cintura, y después en las caderas, los dedos haciendo presión en la carne, amasándola. Y la risa de ella, tímida al principio y después juguetona, y después seria, los ojos grandes en los otros ojos, que se había terminado el juego y ahora se le venía encima todo el hombre, si no era que ella, risa va, risa viene, se le iba encima a él y terminaban chocando como dos camiones.

Mientras sale apoyada en el hombro de Alonso, con el otro siguiéndoles los pasos, siente el latido ahí abajo, la humedad que brota de ahí abajo como brota de los ojos, y no puede evitarlo. Ya es hora de que su hombre vuelva a su casa, donde debe estar. Su recuerdo la abre, húmeda, como se abrió cuando parió a la wawa, pero con un latido

diferente. Después de eso, pensó que no iba a haber nada que doliera más, y sin embargo. Pensó que había pagado todas sus deudas con su diosito, que después de tanto sufrir ya estaba. Pero enseguida le vino otro dolor.

Salió la wawa, pequeña y negra, o morada, o roja sangre, pero tan diferente de lo que ella pensó que iba a salir de su cuerpo, tan diferente que no se reconoció en ella y tampoco lo reconoció al Aldo. Salió y lloró enseguida, y otra vez le preguntaron por el padre. Habían estado preguntándole por el padre desde que había llegado al hospital. Había ido sola. Respiró profundo, rápido y profundo mientras esperaba el autobús. Apenas subió, se sentó con las piernas abiertas y pagó el boleto así, sentada; no podía estar mucho parada ni cerrar las piernas, creyó que se le iban a quedar así para siempre, que los huesos ya no iban a volver a su lugar. Le preguntaban por el padre y ella no sabía dónde se había metido. Iba a buscarlo en lo de Majito, pero no sabía si le iba a dar el tiempo. Dijo eso, que no sabía dónde estaba. Y así nomás se llevaron a su niña. La acercaron y ella le sintió el olor, y después se la llevaron no sabía adónde. Eso dolió más que todo lo anterior. Ese tiempo que estuvieron separadas dolió más que el parto, y la hizo gritar.

Ya vuelve, mami, ya vuelve, le decían. Y volvió; pensó que nada iba a doler más que eso, y sin embargo.

Ahora agarra a su wawa y la aprieta fuerte contra su pecho. Le habla con la mente, como si pudieran entenderse así, en el silencio. Le dice que es bonita como la mamá. La wawa tiene los ojitos cerrados, debe estar soñando cosas lindas como las que sueñan todos los niños, que todavía no conocen mucho de este mundo, que todavía son solo de las mamás. Piensa en eso y en que ya es hora de darle de mamar, que prefiere hacerlo en su casa, en su piecita, que sacar la teta ahí en el auto, con el mismo hombre que las llevó a ellas y a su hombre magullado, perdido, rojo sangre. Va a esperar que la wawa despierte, que va a ser en cualquier momento: su niña es un relojito. Entonces los ojos se mueven detrás de los párpados, se arruga la nariz, se pliega la frente y la piel se

vuelve morada. Abre la boca y estalla el llanto. Saca la teta enseguida y la abrocha ahí, con la dificultad del vaivén del coche y la vergüenza por los tres hombres; siente la succión, y otra vez el latido ahí abajo, como si su pezón y su concha estuvieran conectados por un cable. A veces le pasa.

Aprieta su teta con fuerza, trata de que la niña se sacie rápido, de que todo sea rápido, así llegan y se quedan con su hombre; no lo dejarán nunca más. Ojalá le den el alta hoy mismo, piensa. Le duele el cuerpo cuando se despierta en la silla de la habitación, doblada y rígida por miedo de aplastar a la wawa. Cuando llegue al hospital va a hablar con los médicos, les va a preguntar si puede seguir con los cuidados en la casa, qué es lo que tiene que hacer. Les va a pedir por favor, Alonso la puede ayudar.

Pero llega al hospital y no entiende. Mira a los otros dos, y ve que tampoco entienden. Hay mucha gente en la habitación donde tienen al Aldo. Quiere pasar, pero tantos doctores y enfermeros se lo impiden. Pregunta qué pasa. Mi esposo está ahí, dice. Alonso y el otro hombre se quedaron detrás del tumulto. Entonces llegan los policías y sacan a todo el mundo. Son una estampida. Y mientras está saliendo del pasillo –la wawa tan cerca de su cuerpo que teme no dejarla respirar– llega a ver, por un huequito de la gente y la puerta, la cama del Aldo y la sangre.

Busca a Alonso. Cree que él va a saber explicarle. El Aldo siempre le dijo que Alonso sabe las cosas, las entiende. Los policías y los médicos y otra gente se meten entre ella y su hombre. Son como el monte que anduvieron tanto, como las espinas del monte entre las que corrieron tanto y pinchaban, pero había que seguir corriendo. Como las espinas que punzaban sus nalgas cuando le agarró ese arrebato lindo, caliente, y tumbó a su hombre allí nomás y se llenó de un hijo muerto que dolió tanto que pensó que no había otro dolor posible. Y tanto faltaba.

Hacía unos días, nomás, en el piso de su tienda –las moscas alrededor y el sol de la mañana y el calor y el

hillido de su wawa–, pensó que nada iba a doler más que eso. Y sin embarg

ficción

Un año, Jean Echenoz

La ingratitud, Matilde Sánchez

Andamos huyendo Lola, Elena Garro

Teléfono ocupado, Silvina Bullrich

El viento que arrasa, Selva Almada

De padres e hijos en el ciclo del tiempo, Alejandro Rozitchner

El triste fin de Policarpo Quaresma, Lima Barreto

Una belleza vulgar, Damián Tabarovsky

El modelo aéreo, Leonardo Sabbatella

Un episodio confuso, Diego Sasturain

El hijo del cielo. Crónica de los días soberanos, Victor Segalen

Tormentas, Juan Zorraquín

Ladrilleros, Selva Almada

Y Matarazo no llamó..., Elena Garro

La trompeta del ángel vengador, Dalton Trevisan

La flor pisoteada, Ronald Firbank

Inclúyanme afuera, María Sonia Cristoff

Mecánica, François Bon

La débil mental, Ariana Harwicz

El pez rojo, Leonardo Sabbatella

Los papeles de Puttermesser, Cynthia Ozick

La boca seca, Marcelo Carnero

Zanzíbar, Thibault de Montaigu

El campo, Juan José Morosoli

Capricho de la reina, Jean Echenoz

Guanaco, Esteban López Brusa

La vecindad de la carne, Valerio Magrelli

Medicina, Juan Zorraquín

Precoz, Ariana Harwicz

El amo bueno, Damián Tabarovsky

La dirección del ausente, Ruth Zylberman

Las carnes se asan al aire libre, Oscar Taborda

Una nihilista, Sofia Kovalévskaya

La vida tranquila, Marguerite Duras

La habitación alemana, Carla Maliandi

Matate, amor, Ariana Harwicz

La galaxia caníbal, Cynthia Ozick

Tipos móviles, Leonardo Sabbatella

Mal de época, María Sonia Cristoff

Narraciones para cine. Guiones literarios, Andrei Tarkovski

La edad del agua, Marcelo Carnero

Historia vivida de Artaud-Mômo, Antonin Artaud

La guillotina, Matías Serra Bradford

El guiño, Juan Zorraquín

Cuando el peligro es pequeño somos felices, Victoria Schcolnik

El sueño de una cosa, Pier Paolo Pasolini

Era tan oscuro el monte, Natalia Rodríguez Simón

Divino tesoro, AA. VV.

ensayo 

El origen del narrador. Actas completas de los juicios a Flaubert y Baudelaire

Antología esencial, Carlos Monsiváis

Ensayos literarios. Sobre Joyce, Breton y las vanguardias europeas, José Carlos Mariátegui

Ficciones argentinas. 33 ensayos, Beatriz Sarlo

¿Cuánto vale el arte? Mercado, especulación y cultura de la celebridad, Isabelle Graw

Subrayados. Leer hasta que la muerte nos separe, María Moreno

El gran libro del dandismo, Honoré de Balzac, Charles Baudelaire, Barbey D'Aurevilly

Letras hilvanadas. Cómo se visten los personajes de la literatura argentina, Victoria Lescano

Del cansancio, Jean-Louis Chrétien

El sistema del arte en el siglo XXI. Museos, artistas, coleccionistas, galerías, Robert Fleck

Gentlemen. Los mejores escritos del dandismo inglés, William Hazlitt, William M.

Thackeray, Oscar Wilde, Virginia Woolf

La cena de los notables. Sobre lectura y crítica, Constantino Bértolo

La comunidad revocada, Jean-Luc Nancy

Correspondencia teórica. Cartas sobre problemas literarios, Gustave Flaubert

Un viaje en círculos. Sobre óperas, cuartetos y finales, Federico Monjeau

Fantasma de la vanguardia, Damián Tabarovsky

La tradición alemana en la filosofía, Alain Badiou, Jean-Luc Nancy

philos

El sentido olvidado. Ensayos sobre el tacto, Pablo Maurette

El gran teatro del género. Identidades, sexualidades y feminismos, Anne–Emmanuelle Berger

Una mente propia: Selección de Cartas sociables y Discursos femeninos, Margaret Cavendish

Los monstruos más fríos. Estética después del cine, Silvia Schwarzböck

La carne viva, Pablo Maurette

Había una vez algo real: ensayo sobre filosofía, hechos y ficciones, Ivana Costa